

XIII Certamen Literario

Intercentros de Educación de Personas Adultas

CEPA Aluche, CEPA Canillejas, CEPA Casa de la Cultura de Getafe, CEPA Clara Campoamor, CEPA Cid Campeador, CEPA Ciudad Lineal, CEPA Colmenar Viejo, CEPA Daoiz y Velarde, CEPA Distrito Centro, CEPA Dulce Chacón, CEPA El Molar, CEPA Gloria Fuertes, CEPA Hortaleza-Mar Amarillo, CEPA José Hierro, CEPA José Luis Sampedro, CEPA La Albufera, CEPA Las Rozas, CEPA Mario Vargas Llosa, CEPA Moncloa, CEPA Oporto, CEPA Orcasitas, CEPA Pan Bendito, CEPA Paracuellos del Jarama, CEPA Pedro Martínez Gavito, CEPA Pozuelo, CEPA Rámon y Cajal, CEPA Rosalía de Castro, CEPA San Fernando de Henares, CEPA San Martín de Valdeiglesias, CEPA San Sebastián de los Reyes, CEPA Sierra de Guadarrama, CEPA Sierra Norte, CEPA Tetuan, CEPA Torres de la Alameda, CEPA Valdemoro, CEPA Villaverde, y CEPA Vista Alegre.

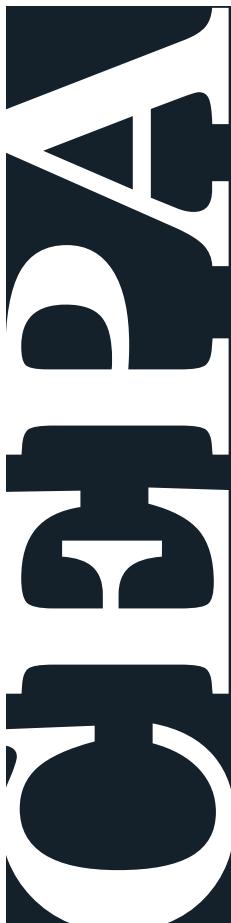


2019

XIII CERTAMEN

LITERARIO INTERCENTROS DE EDUCACIÓN DE PERSONAS ADULTAS.

Participan:



Aluche	Oporto
Canillejas	Orcasitas
Casa de la Cultura de Getafe	Pan Bendito
Clara Campoamor	Paracuellos del Jarama
Cid Campeador	Pedro Martínez Gavito
Ciudad Lineal	Pozuelo
Colmenar Viejo	Ramón y Cajal
Dadiz y Velarde	Rosalía de Castro
Distrito Centro	San Fernando de Henares
Dulce Chacón	San Martín de Valdeiglesias
El Molar	San Sebastián de los Reyes
Gloria Fuertes	Sierra de Guadarrama
Hortaleza-Mar Amarillo	Sierra Norte
José Hierro	Tetuán
José Luis Sampedro	Torres de la Alameda
La Albufera	Valdemoro
Las Rozas	Villaverde
Mario Vargas Llosa	Vista Alegre
Moncloa	

Depósito Legal: M-10412-2015
ISSN: 2387-192 X

<http://certamenliterariocepa.blogspot.com.es>

Agradecimientos:

Dirección General de Educación infantil, Primaria y Secundaria, Direcciones de Área Territorial Madrid-Capital, Madrid-Norte, Madrid-Este, Madrid-Sur y Madrid-Oeste.

ÍNDICE

Crónica por Arturo Santos Cordero	4
Presentación por María Abad Carretero	5
Intervención de la escritora: Nerea Riesco	6
Relatos Premiados (Primeros Premios)	7
Relatos Premiados (Cuartos Premios)	8
Primer Premio CEPA Sierra Norte	9
Segundo Premio CEPA Colmenar Viejo	10
Segundo Premio CEPA Torres de la Alameda	11
Cuarto Premio CEPA Aluche	12
Cuarto Premio CEPA Canillejas	13
Cuarto Premio CEPA Casa de la Cultura de Getafe	14
Cuarto Premio CEPA Cid Campeador	15
Cuarto Premio CEPA Ciudad Lineal	16
Cuarto Premio CEPA Clara Campoamor	17
Cuarto Premio CEPA Colmenar Viejo	18
Cuarto Premio CEPA Daoiz y Velarde	19
Cuarto Premio CEPA Distrito Centro	20
Cuarto Premio CEPA Dulce Chacón	21
Cuarto Premio CEPA El Molar	22
Cuarto Premio CEPA Gloria Fuertes	23
Cuarto Premio CEPA Hermanos Correa	24
Cuarto Premio CEPA Hortaleza	25
Cuarto Premio CEPA José Hierro	26
Cuarto Premio CEPA José Luis Sampedro	27
Cuarto Premio CEPA La Albufera	28
Cuarto Premio CEPA Las Rozas	29
Cuarto Premio CEPA Mario Vargas Llosa	30
Cuarto Premio CEPA Moncloa	31
Cuarto Premio CEPA Oporto	32
Cuarto Premio CEPA Orcasitas	33
Cuarto Premio CEPA Pan Bendito	34
Cuarto Premio CEPA Paracuellos del Jarama	35
Cuarto Premio CEPA Pedro Martínez Gavito	36
Cuarto Premio CEPA Pozuelo	37
Cuarto Premio CEPA Ramón y Cajal de Parla	38
Cuarto Premio CEPA Rosalía de Castro de Leganés	39
Cuarto Premio CEPA San Fernando de Henares	40
Cuarto Premio CEPA San Martín de Valdeiglesias	41
Cuarto Premio CEPA San Sebastián de los Reyes	42
Cuarto Premio CEPA Sierra de Guadarrama	43
Cuarto Premio CEPA Sierra Norte	44
Cuarto Premio CEPA Tetuán	45
Cuarto Premio CEPA Torres de la Alameda	46
Cuarto Premio CEPA Villaverde	47
Cuarto Premio CEPA Vista Alegre	48
Organización	49
Cierre del Acto	50

CRÓNICA

Arturo Santos Cordero

Catedrático de Lengua Castellana y Literatura IES Marqués de Suances

Veinticinco de abril, jueves,
dos mil diecinueve el año,
en el **Príncipe de Asturias**,
gran **Certamen Literario**,
decimotercera vez
al **Día del Libro** honrando.
Un crecimiento increíble,
señores, está pasando:
que no son ni diez ni quince
¡que a treinta y siete han llegado
las **CEPAS** allí presentes
en Certamen Literario.
¡Qué gran participación:
la cifra lo ha confirmado!
¿Qué pasaría, señores,
si allá en el próximo año
vienen las sesenta y nueve,
todo el cupo completando?

Bien repleta está la sala,
llena está hasta la bandera.
La Mesa constituida,
el acto al punto comienza.

Joven presentadora¹
saluda a autoridades
y da efusivas gracias
a cuantos participantes,
("mente en blanco, inspiración,
sentir, pensar, expresarse...")
se han atrevido a escribir,
("y por dentro a desnudarse,
ser, existir y leer,
escribir: ¡Humanidades!")

Regina Bedoya², entonces,
a la viceconsejera,
también a la concejala,
agradece su asistencia
y la cesión de la sala.

La escritora **Nerea Riesco**,
en la escritura experta,
habla de los beneficios
de escribir cual profesión;
y también, es un buen juicio,
como medio de expresión
del propio ser y sentir:
terapia del corazón.

Yolanda³, la concejala,
tras breve salutación,
pone de ejemplo a su madre
que cuando fue ya mayor
pudo en un CEPA hallar
remedio a su educación.

Doña Cristina⁴, después,
a directores, docentes
y a cuantos participantes
en la sala están presentes

agradece su asistencia,
el entusiasmo y esfuerzo
grado de superación
por un trabajo bien hecho.

Ya se levanta la **Mesa**,
ya resuenan los aplausos,
ya se empiezan a entregar
premios en el escenario

Autoridades presentes:
galardones entregando:
un diploma y una rosa
reciben los premios cuartos,
muy numerosos y alegres.
Más fotos y más aplausos.
Al final, todos muy juntos,
el escenario llenando.
Al acto bien lo eterniza:
¡el momento fotográfico!

Lo inesperado, señores,
este año es el tema
del concurso literario,
lo que viene cual sorpresa,
lo no buscado y hallado,
como suerte que nos llega.

María Jesús Sola Ruiz⁵

(*De una hoja el destino*)
el segundo premio lee:
“Vida, separación, hijo,
lluvia, paraguas... ¡la hoja!
“lo inesperado” ha venido.

“Otro día más”, **Estíbaliz**⁶
el otro premio segundo:
“noche, soledad y campo,
algo se torció un segundo,
baño, cuello degollado...”
un final triste y oscuro.

Raquel Carlet, Cepa Norte,
recibe el primer premio:
“pozos negros en los ojos,
hechizos, desasosiegos,
gritos, criaturas, carreras,
rayos de luna, sueños...”

Ágiles, gráciles, guapas,
Rocío, Clara, Laura y Sara⁷
bien dibujan en la sala
siete **joyas de la danza**:
bailes clásicos, modernos,
tradicionales, flamencos,
mantilla, zapateados,
de tigresa buenos saltos...
Es el aire el blanco lienzo
y el color el movimiento.

Buen final, buen broche artístico
a un Certamen Literario
de treinta y siete las **CEPAS**
que crece, bien asentado,
que mejora cada año.

Arturo Santos Cordero.
(Catedrático de Lengua y Literatura)

¹ Profesora Dª María Abad Carretero Cepa Centro

² Exdirectora del CEPA Ciudad Lineal

³ Concejala Presidenta de Ciudad Lineal y Hortaleza

⁴ Cristina Álvarez Sánchez, viceconsejera de política educativa y Ciencia

⁵ del CEPA Torres de la Alameda. Segundo premio exaequo

⁶ Estíbaliz Costa del CEPA Colmenar. Segundo premio exaequo

⁷ Grupo: Vive la Danza &Cía. Actuación: Joyas de la danza.

PRESENTACIÓN

María Abad Carretero

*Profesora de Lengua Castellana y Literatura
del CEPA Distrito Centro*

CERTAMEN LITERARIO INTERCEPA

Excelentísimas autoridades, directores, compañeros y alumnos de los Centros de Personas Adultas: gracias por formar parte un año más, y ya van trece, del Certamen Literario Intercepa. No penséis que son tantas las ediciones que nos separan del galardón literario más importante de las lenguas españolas: el Premio Miguel de Cervantes, que en su cuadragésimo tercera edición ha premiado a la poeta uruguaya Ida Vitale. Ha tenido que cumplir 95 años para que se reconozca su capacidad de creación y de juego con el lenguaje. Una mujer con gran sentido del humor y una vasta cultura que dedicó su discurso a honrar la mejor obra literaria de todos los tiempos, el Quijote, y a defender su enseñanza en las escuelas. Por mi parte, me gustaría que salierais de aquí con el propósito de sumergiros en algunos de sus poemas y también deseo recordar a los que piensan que ya está todo hecho que, en cuarenta y tres años de premios, cinco han sido las mujeres que lo han recibido. Como dice Vitale en uno de sus poemas: “ser humano y mujer, ni más ni menos”.

Pero volvamos al Certamen Literario Intercepa. El número de ediciones y el hecho de que, año tras año, se sumen nuevos centros a esta iniciativa es una prueba fehaciente del poder de la escritura para unir bajo un mismo lema, lo inesperado, a un crisol de nacionalidades, edades y circunstancias que son espejo de la realidad de nuestras aulas. Sois muestra de un alumnado que es descrito en documentos oficiales como heterogéneo. La heterogeneidad, lo diverso, es lo que nos define como centros y es lo que nos hemos encontrado al leer los relatos que se han presentado. Desde aquí solo podemos daros las gracias a todos los participantes por haber compartido un pedazo único de vuestro ser en forma de historia.

Como profesora de la asignatura de Lengua castellana y Literatura, veo día tras día las dificultades que tienen muchos de los alumnos al enfrentarse al papel en blanco y contar una historia. Lo comprendo. No es fácil. Ojalá escribir un relato pudiera resumirse en planteamiento, nudo y desenlace como intento hacer creer en clase, pero va mucho más allá y es imposible engañaros. Escribir implica abrirse, abrirse en canal para moldear una historia a través de palabras en la que, consciente o inconscientemente, dejamos traslucir nuestras experiencias, nuestros recuerdos, nuestros anhelos y, en ocasiones, no estamos preparados para ello. Escribir es dejar la mente en blanco, desconectar del mundo y de nuestras preocupaciones para que la inspiración aparezca y, en ocasiones, no estamos preparados para ello. Escribir puede dar miedo, sí. Y, sin embargo, una chispa. Una chispa en forma de idea se va abriendo paso, imparable, ya tienes tu historia. Solo queda darle forma, cuidarla y revisarla para que nazca en un papel.



Una vez que la terminas, la lees y seguramente descubras que has plasmado con tus palabras sentimientos que no has confesado a nadie. Ese es el poder de la escritura. En definitiva, escribir es expresarse y, en demasiadas ocasiones, no estamos preparados para ver lo que realmente pensamos o cómo somos. Deseo que hayáis disfrutado planeando y escribiendo vuestra historia y que no sea algo anecdótico en vuestra vida; sino que, por qué no, escribir se convierta en una parte del día en la que os permitáis, durante unos minutos al día hablar. Ser.

La escritura nos permite ser nosotros mismos, o ser nosotros mismos en la piel de otros. Esto también lo conseguimos a través de las lecturas que son el inicio de un viaje inesperado en el que conoceremos a nuevas personas, nuevas realidades. Y, como sucede en un viaje real, estas personas no nos van a dejar indiferentes. Nos provocarán sentimientos, nos conseguiremos identificar con ellas, desearemos ardientemente vivir sus aventuras o, todo lo contrario: nos repugnarán, nos parecerán odiosas. Pero nos harán sentir. Ser.

Y esto, qué si no, es la asignatura de Lengua castellana. Ser, existir más que nunca. ¿Para qué sirve esto? ¿Para qué sirven las humanidades? Frente al discurso que aboga por una escuela de contenidos más prácticos, inmersa en el mundo laboral, parémonos un instante a pensar en lo esencial, en lo que nos define como seres humanos. ¿Para qué sirve la asignatura de Lengua? ¿Para qué...? Para subir a un vehículo que nos permita contemplar los mejores mundos creados antes por una pluma. Mundos en los que se plasman sentimientos y pensamientos universales: pasión, amor, envidias, locura, picardía, supervivencia... Y, al mismo tiempo, dotar al alumno, dotarlos, de herramientas de expresión y comprensión y despertar en vosotros una sensibilidad única, una inquietud cultural, un espíritu crítico que os acompañe el resto de vuestra vida para que no seáis un mero robot al servicio de no se sabe quién. Para que sintáis, habléis, escribáis, seáis. Para que, si me permitís usar las palabras del poeta vallisoletano Jorge Guillén, sigáis adelante en esta vida que no es sino “el esfuerzo por el ser, el combate contra el no ser”.



Nerea Riesco

Escritora

Es para mí un placer y un honor ser la persona encargada de abrir este acto de entrega de premios del decimotercer Certamen Literario InterCEPA y en primer lugar quiero agradecer a Paqui Rabazas el cariño y empeño puesto para conseguir que yo hoy esté aquí. Ella misma me ha mostrado el orgullo por la calidad de los textos recibidos bajo el lema: "Lo inesperado" y que ha dado como resultado que este año se produzca un empate en los segundos premios, por lo que habrá una leve variación y se otorgarán un primero y dos segundos.

Pero para que eso ocurra faltan unos minutos que quiero aprovechar para hablar sobre la escritura y sus beneficios. Me dedico a escribir profesionalmente desde hace más de quince años. Desde siempre la escritura ha formado parte de mi vida, incluso cuando no escribía de forma profesional, pero es cierto que, una vez que esto sucedió, lo siguiente fue convertirme en profesora de escritura creativa y dar charlas sobre escritura. Incluso acabo de lanzar al mercado un libro que, bajo el título *Coaching para escribir un bestseller*, articula consejos sobre la creación de una novela de éxito.

Llevo más de media vida escribiendo, hablando sobre escribir y escribiendo sobre escribir, y eso me ha permitido contactar con muchas personas que soñaban con convertirse en grandes escritores. Algunos acudían a mis clases dispuestos a desgranar los entresijos de este gran misterio que es escribir para enamorar. Pero también es cierto que, algunas de las personas que se apuntaban a mis talleres, me esperaban a la salida para decirme que no pretendían convertirse en profesionales, que escribían para sí mismos, que la escritura les ayudaba, que les servía como terapia.

Yo siempre me revelaba ante estas confesiones. Mis talleres, insistía yo, se focalizaban en escribir para otro; para que otro nos leyese y disfrutase con nuestras historias. El escritor era el emisor que lanzaba un mensaje que un receptor debía recoger y reinterpretar. Más adelante, los lectores, los críticos, las ventas... se encargarían de ofrecernos ese feedback tan necesario para el escritor, pero sin todo ese conjunto, sin el receptor, yo consideraba que el proceso de comunicación no estaba completo.

Sigo pensando así, pero he variado en algo. Acepté que eran muchos los que acudían a mis talleres sin expectativas de publicación: ("Escribir para uno mismo", eso es lo que me decían) y empecé a valorar el poder terapéutico de la escritura.

Sé de buena tinta que eso es así porque yo también me he servido de ella para liberarme, calmarme, ordenar mis ideas... así que empecé a investigar y supe de había diversos e interesantes estudios al respecto. La escritura es una potente herramienta que nos permite poner en orden nuestras ideas y ayuda a comprendernos mejor. Desde hace más de treinta años, el psicólogo James W. Pennebaker utiliza la Creación Literaria como terapia, con satisfactorios

resultados. Servirnos de algo tan simple y, por fortuna, tan al alcance de la mano como la escritura, es una decisión particular y madura que seguramente muchos ya practican sin darse cuenta desde hace años. La palabra escrita tiene un poder especial de sanación que supera la mera reflexión interna. Escribir nos obliga a pararnos y a organizar nuestras ideas ayudándonos a conquistar y gestionar nuestro mundo interior.

Tenemos al día aproximadamente cincuenta mil pensamientos. Los pensamientos son los que producen nuestros sentimientos y, en gran parte de las ocasiones, nuestros pensamientos son inconscientes. De la calidad de nuestro diálogo interno dependerá gran parte de nuestro sufrimiento o nuestra dicha. Por tanto, si nos convertimos en los dueños de nuestros pensamientos, también nos convertiremos en los dueños de nuestras emociones. Eso es complicado, pero una buena manera de llevarlo a cabo es sirviéndonos de la escritura.

Kipling decía que las palabras son la droga más potente que usa la humanidad. A veces son armas afiladas y letales, otras dejan una huella imborrable y luminosa. ¿Cómo queréis que sea la huella que dejáis?

Ya veis que nos pasamos el día hablándonos a nosotros mismos. No somos conscientes de ello, pero es así, y esos pensamientos, esas cosas que nos decimos, pueden ser muy inspiradoras, pero a la vez pueden ser muy limitantes. Seguramente somos nuestro más duro crítico. Casi con total seguridad, en nuestro interior nos decimos cosas que jamás le diríamos a un amigo. Nos hacemos preguntas mordaces, nos quitamos buenas ideas de la cabeza por temor a salir de nuestra zona de confort... ¿Os reconocéis?

Os propongo, por tanto, que sea la escritura vuestra herramienta. A fin de cuentas, como decía el escritor Jesús Fernández Santos: Al escribir proyectas un mundo a tu medida.

Hay una fábula de Péguy que me parece hermosa: "La fábula de los picapedreros", que me gustaría compartir con vosotros.

Charles Péguy va en peregrinaje a Chartres. Observa a un tipo cansado, que suda y que pica piedras. Y le pregunta: "¿qué está haciendo señor?"

-Acaso no ve, pico piedras; es duro, me duele la espalda, tengo sed, tengo calor. Practico un sub-oficio, soy un sub-hombre.

Péguy continúa y ve más lejos a otro hombre que pica piedras, que no se ve tan mal. "¿Señor qué hace?"

-Gano mi vida. Pico piedra, no he encontrado otro oficio para alimentar a mi familia, estoy muy contento de tener éste.

Péguy continúa su camino y se aproxima a un tercer picapedrero que esta sonriente y radiante y le hace la misma pregunta, y este responde:

-Yo, señor, construyo una catedral.

Como veis, el trabajo que los tres realizan es el mismo, pero cada uno de ellos tiene una historia que contar. Sed vosotros también los narradores de vuestra propia historia y aprovechad el poder mágico de la escritura para convertiros en los protagonistas de vuestra novela. Y ahora sí, no quiero extenderme más porque estoy segura de que estáis deseando conocer a los ganadores de la decimotercera edición del Certamen Literario InterCEPA, pero me gustaría despedirme con una frase de Francisco Umbral: Escribir es la manera más profunda de leer la vida.

Muchas gracias.

RELATOS PREMIADOS



Premios

Primer Premio

BANSHEE

Autora: Raquel Carlet Torrejón
Curso: Programación, Robótica e Impresión 3D e Informática
CEPA Sierra Norte

Segundo Premio

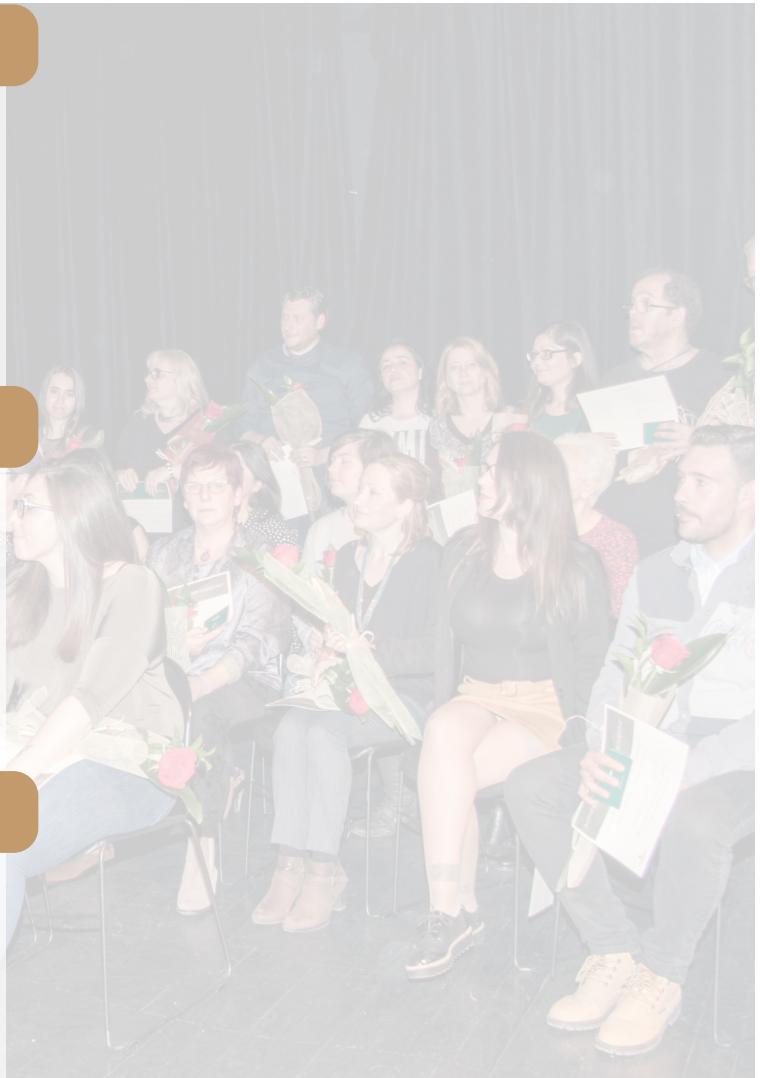
OTRO DÍA MÁS

Autora: Estíbaliz Costa Matarranz
Curso: Nivel II S Semipresencial
CEPA Colmenar Viejo

Segundo Premio

EL DESTINO DE UNA HOJA

Autora: María Jesús Sola Ruiz
Curso: Acceso a la Universidad
CEPA Torres de la Alameda



RELATOS PREMIADOS

Cuartos Premios



Aluche

Canillejas

Casa de la Cultura de Getafe

Clara Campoamor

Cid Campeador

Ciudad Lineal

Colmenar Viejo

Dadiz y Velarde

Distrito Centro

Dulce Chacón

El Molar

Gloria Fuertes

Hortaleza-Mar Amarillo

José Hierro

José Luis Sampedro

La Albufera

Las Rozas

Mario Vargas Llosa

Moncloa

Oporto

Orcasitas

Pan BenditoParacuellos del Jarama

Pedro Martínez Gavito

Pozuelo

Ramón y Cajal

Rosalía de Castro

San Fernando de Henares

San Martín de Valdeiglesias

San Sebastián de los Reyes

Sierra de Guadarrama

Sierra Norte

Tetuán

Torres de la Alameda

Valdemoro

Villaverde

Vista Alegre

Primer Premio

CEPA Sierra Norte

BANSHEE

Autora: Raquel Carlet Torrejón



Allí, plácidamente sentada, existía dentro de un sueño, mi sueño. Así la vi entonces.

Sus cabellos de bronce rozaban la superficie del lago y rompián la quietud de las aguas negras. Los rayos de luna se filtraban a través del tapiz de la arboleda y parecían danzar a su alrededor como fantasmas traviesos, jugando en la luz mortecina. Me acerqué pues, con paso vacilante pero con la determinación de contemplar el rostro de aquella dama que se entretenía acariciando las rocas de la orilla, con la misma ternura con que una madre mimaría a un recién nacido. Me detuve apenas a un paso de la bella aparición; si hubiera alargado mi mano en un gesto audaz, hubiera podido palpar la seda de sus cabellos. Ella no se movió, mas me habló en un ronco murmullo que me causó un sobresalto.

— Da media vuelta, viajero. Las aguas de este lago no saciarán tu sed.

Sorprendido, vacilé un instante en mi propósito, mas sólo uno, porque entonces un rayo de luna, más atrevido que los otros, se paseó por su figura etérea y me deslumbró con el brillo opalescente de su carne. Quedé resuelto a permanecer a su lado por más que el demonio se me llevara.

Tal era el hechizo en que me hallaba inmerso. Un desasosiego que no puedo explicar se apoderó de mi alma; el ansia por conseguir una mirada, una palabra, un gesto, lo que ella tuviera a bien regalarme, me devoraba las entrañas. Di un paso más en su dirección. Mi abrigo rozó su túnica. Ella se irguió en su asiento de rocas.

Un pájaro gritó en la lejanía.

Lentamente, se dio la vuelta, que Dios me asista y me proteja. Se dio la vuelta y su rostro era el rostro de la Muerte. Una mueca espantosa deformaba sus facciones, las alargaba y ensanchaba como si debajo de su piel verdosa miles de insectos

pugnaran por salir, todos haciendo fuerza con sus cuerpecitos velludos y repugnantes. La boca de aquel ser se abría de un modo imposible para cualquier ser humano, la mandíbula colgando sobre el pecho descarnado, los dientes ennegrecidos y afilados. Los ojos, Dios, sus ojos. Eran pozos negros del vacío más absoluto y una maligna inteligencia anidaba en ellos.

No sé si grité, no lo recuerdo. Aquella aparición demoníaca dejó escapar una carcajada seca y me señaló las piedras del lago. No eran piedras, eran cabezas, ¡cabezas humanas de hombres como yo! Algunas ya calaveras, otras con la piel colgando en jirones, envueltas en el hedor de la podredumbre, el perfume infame de la muerte. Aquel demonio tomó aire con su boca maldita y cerró los ojos. Un segundo en que dejó de mirarme y me vi libre de su hechizo. Corré entre los

árboles, ciego de terror, durante mucho tiempo, las fuerzas empezaban a fallarme y temí desmayarme cuando oí algo que me espoleó a seguir adelante con más bríos si cabe: de la espesura que había dejado atrás surgió un grito inhumano, chirriante, metálico y aterrador. Jamás garganta humana produjo un sonido como aquel. La sangre se me heló en las venas: la criatura, presa de la frustración, aullaba desde las orillas del lago y entretejido en su alarido distinguí una palabra familiar: mi nombre.

El doctor acabó de leer el maltrecho manuscrito, rebuscó entre los papeles de su escritorio hasta dar con una carpeta marrón de aspecto manoseado y lo guardó en ella.

— ¿Y dice usted que se limita a escribir la misma historia una y otra vez?

El enfermero, de pie ante la mesa, rebuscó en su propia carpeta, extrajo un fajo de papeles y se lo entregó, con un asentimiento como toda respuesta. El doctor les echó una rápida ojeada. Todos los escritos comenzaban de igual manera: Allí, plácidamente sentada, existía dentro de un sueño, mi sueño. Así la vi entonces...

Segundo Premio

CEPA Colmenar Viejo

OTRO DÍA MÁS

Autora: Estíbaliz Costa Matarranz



Me desperté sobresaltado: he pasado una mala noche, pero ya no es novedad.

Poco a poco empiezo a desperezarme y noto un dolor punzante en la espalda: no acabo de acostumbrarme al viejo colchón de la habitación de invitados. No me parece bien dormir con ella después de lo que pasó. Los párpados me pesan, debo tener unas ojeras horribles, pero hace días que no me miro al espejo. Consigo levantarme, no sin antes escuchar cómo todos mis huesos crujen al unísono. Echo un vistazo por la pequeña ventana, aún no ha amanecido. Sin novedad, el mismo paisaje de siempre y la misma valla a la que le hace falta una buena mano de pintura... o dos.

Detrás de la valla, kilómetros de campo se abren ante mí. Elegimos esa casa para alejarnos del bullicio de la ciudad. El jardín, ahora tan poco cuidado, está cubierto de escarcha.

Viene a mi mente, como el mejor tráiler de una película romántica, un recuerdo del anterior verano. Ella estaba sentada sobre la hierba, bebiendo té helado con un libro entre las manos, retorciéndose un mechón de pelo de la nuca, mirándome de reojo como siempre hacía. Inevitablemente, también recuerdo el día en que todo se torció.

Despejo esos tristes pensamientos de mi cabeza.

Voy a la cocina a preparar café, cargado para mí, con leche y dos cucharaditas de azúcar para ella. No me quito de la cabeza la descolorida valla del jardín. Debí pintarla la primera vez que me lo pidió.

Me bebo el café de un sorbo y subo las escaleras al dormitorio principal. No quiero hacer ruido: tiene muy mal despertar. Empujo la puerta con suavidad y enciendo la pequeña lámpara de la mesilla. Ahí está ella, con ese camisón azul bordado que le regalé por su cumpleaños.

Tiene los ojos cerrados, y presenta una apariencia tranquila. Tiene una pierna desarropada, qué fallo,

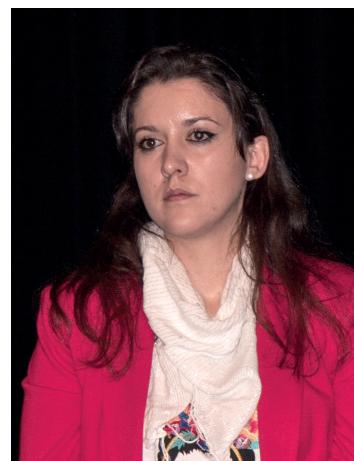
ayer no debí taparla bien. La arropo como es debido. Lo último que quiero es que coja frío. Quizás hoy le apetezca tomar un largo baño caliente, más tarde se lo prepararé. Es tan preciosa cuando duerme... Le doy un beso en la mejilla y no puedo evitar que un escalofrío recorra todo mi cuerpo al ver su cuello degollado, no acabo de acostumbrarme. Otro día más.

Segundo Premio

CEPA Torres de la Alameda

EL DESTINO DE UNA HOJA

Autora: María Jesús Sola Ruiz



Un poco de compañía, eso era lo que le faltaba a Molly. Esa tarde de invierno había preparado su bizcocho favorito y sentía que llevaba mucho tiempo sola. No le gustaba quedarse en casa, prefería salir a pasear. Para ella era un pequeño aliento de fuerza para su incapacitante soledad. Un reflejo de algo que algún día tuvo.

En su juventud fue una chica risueña, sencilla y apasionada. De finos cabellos ondulados y un brillo tan especial que iluminaba todo a su alrededor. Estudió biología porque le apasionaba cada pequeña obra de arte de la propia naturaleza. Se graduó joven y no tuvo problema para encontrar su primer empleo. En esa misma línea, un día en una reunión de trabajo, encontró al amor de su vida. Lucas, que la cautivó desde el primer día, no tardó mucho en declararle su amor. Se casaron en pocos meses y su feliz matrimonio continuó durante años. En esos años nació Liam, el único hijo de la pareja. Molly nunca imaginó que existiera tanto amor. Esa carita redonda, esa piel tan blanca y aterciopelada, esos ojos como luceros. Era un ángel nacido para llenar de gloria su vida.

Lo crio con un amor y paciencia infinitos. Todos los fines de semana paseaban por un parque, donde Liam recogía las hojas más peculiares que se hubiesen caído de los árboles y Molly se las guardaba con mucho cariño en un tarro vacío de galletas. En algún momento, su relación con Lucas se empezó a deteriorar, no era el hombre que ella pensaba conocer. Molly le perdonó más de una infidelidad para salvaguardar el vínculo familiar. Eran constantes sus discusiones en casa y estaba decidida a divorciarse, aunque no daba el paso para que no lo sufriera su hijo.

Liam tenía ya seis años y había empezado la Educación Primaria. Ese día le tocaba a Lucas recogerlo del colegio, se iban alternando según su horario laboral. Molly llegó a casa pero ellos aún no. Pensó que se entretuvieron en el parque, a veces lo hacían. Se relajó un poco en el sofá, casi se duerme, aunque advirtió que ya era de noche y de un salto se levantó a por el móvil para llamar a Lucas. Lo llamó y su móvil estaba desconectado, como veinte veces más lo llamó sin ninguna suerte. Ya, bastante preocupada y muy adentrada la noche, llamó a la Policía.

Las noticias a la mañana siguiente no fueron muy alentadoras. Le comunican que su marido cogió un vuelo a Kenia y que viajaba con su hijo. No podían hacer nada, la policía no puede actuar en países donde no se reconocen las Leyes Internacionales.

Desolada, buscó ayuda, buscó apoyo, no comprendía que había pasado, porque Lucas le había destrozado la vida de esa forma. Armada de valor y coraje, cogió un vuelo directo a Kenia. Ya habían pasado varios días y no estaba dispuesta a quedarse de

brazos cruzados. Pasó varias semanas allí, con sus fotos buscó y preguntó a cada persona de cada rincón, sufrió mucho y casi enloqueció. Devastada y hundida volvió a casa con la frágil certeza de que no estaba allí y con el vacío más eterno en su débil corazón. Carente de vitalidad poco a poco se resignó a no dejar de ver su rostro en cada niño que pasaba, a seguir viviendo por inercia, a sentir que su pequeño estaba entre la gente. Guardaba como un tesoro su tarro lleno de hojas secas, como pequeños trofeos de su amor.

Los años pasaron y ella seguía en su soledad. Su brilló de apagó como una llama sin oxígeno, su pelo ondulado quedó lacio blanquecino, sus ojos tristes y arrugados de tanta salina en ellos. Sólo la mantenía con vida agarrarse al fino hilo de esperanza de volver a ver su rostro, de decirle todo lo que lo quería.

Así siguió preparando ese bizcocho que tanto le gustaba y con ternura dibujó una hoja en él: “- Feliz Cumpleaños mi niño”, dijo. Hoy cumplía dieciocho años. Todos los años lo celebraba como si estuviese junto a él.

Salió de casa y paseó afligida por un precioso parque donde solía ir con Liam, el cual, se había convertido en su refugio rutinario. Recordaba y anhelaba, sabía que debía pasar página y rehacer su vida. Lo sabía pero no lo quería. Se acostumbró a vivir en la añoranza, a sólo ser un alma en pena, como un naufragio en el mar que nada sin aliento en busca de su barco perdido.

Una gota cayó en su nariz y miró hacia el cielo, estaba muy nublado. “- Olvidé el paraguas...”, lamentó. Corrió para refugiarse debajo de un árbol.

Detrás de ella alguien abrió con fuerza un paraguas lo cual hizo que una pequeña y delicada hoja cayese sobre su hombro. Un chico joven cogió la hoja con delicadeza, la sostuvo entre sus dedos y sonriendo le dijo:

- ¡Podemos guardarla en el tarro con las demás!

Cuarto Premio

CEPA Aluche

NO HAY ROSA SIN ESPINAS

Autora: Nerea Fernández Espinosa



Frío. En Navidad siempre hace frío. Mucho frío.

¿Nunca has observado la cantidad de frío que puede hacer con tan solo caminar cinco minutos descalzo por casa? En ese corto intervalo de tiempo, tus pies ya no se sienten parte del cuerpo. No solemos darnos cuenta del frío que hace básicamente porque, a pesar de ser una enorme ironía, la navidad es cálida. Muy cálida. Irradia calor, un calor inmenso y agradable. Bueno no, perdón. Yo y mi manía de expresarme fatal. La navidad es solo la inspiración para que el calor aparezca. La navidad es como la chica que siempre va mirando a través de la ventana de ese silencioso y poco saturado autobús que, sin saberlo, está ayudando al chico de su derecha a escribir el poema más bonito del mundo. La navidad es el sonido de los regalos rompiéndose bajo el árbol, calor. Es la risa de las personas que te provocan eso en el estómago, calor digo. Navidad eras tú. Qué bien suena. En todas sus versiones y en todas sus formas. Navidad era enroscarse en la manta con tus ronroneos como banda sonora de cualquier película navideña los sábados por la tarde. Navidad. Qué bien suena. Tiene tantos pero tanto significados. Para muchos, ese agobio el día antes de navidad, buscando el regalo perfecto. Parece que no nos damos cuenta de que los mejores regalos vienen sin envolver, pero envolviéndote, eso sí, siempre. Calor, ya sabes. Navidad era amor, era bonito, era frío pero mucho calor, navidad eras tú. Navidad dejó de ser lo mismo. 24 de diciembre 2018. “Qué rápido pasa el tiempo”. Seguro que esa frase sonaba en cualquier calle abarrotada o sin apenas gente en Madrid. Y yo estaba en casa. Qué rápido está cociendo el chocolate. Era lo que yo pensaba. El olor a chocolate negro, amargo, invadía la casa y sin darme cuenta algo amargo también empezaba a adentrarse en mi cuerpo. Sexto sentido. Algo más de frío. Subo el termostato, el sol engaña. Todo está saliendo como quiero, como planeo. Va a ser una gran noche. Buena, caliente, bonita. La puerta se abre y como si el mismísimo huracán Sandy hubiese entrado, mi cuerpo se tambalea. Me asomo, aunque antes, debo luchar contra mi cuerpo que parece que lo siente. El frío. El huracán. Lo veo. Lo veo delante de mí como algo jamás visto. Las lágrimas más inesperadas que pude haber visto en mi vida. No dice nada. El silencio se mezcla con el frío, con el calor, con el calor malo, que también existe. No hacen falta palabras, esas lágrimas lo dicen todo, lo gritan. Inesperado, y tan inexperta me siento para poder afrontarlo, asumirlo. El mundo se reduce a un gigantesco no, que empieza con mi cabeza. No encuentro mi voz y sin embargo el nudo en mi garganta me hace sentir como si no pudiese parar de gritar. Mis lágrimas se resbalan y me derrumban a un frío suelo, con un calor ardiente. Frío que me abrasa, calor que me duele. El dolor se hace punitivo e

insistente en mi garganta, en mis rodillas y en mis párpados cansados, sin apenas fuerzas. La luz pasa de intermitente a inexistente. Inesperada oscuridad. Tan inesperada como que no hayas entrado por la puerta. Tan inesperada como las lágrimas llenas de “ya sabíamos que esto iba a pasar” ¿Lo sabíamos? Es navidad. ¿Y los milagros? ¿Y el calor? ¿Y mi pequeño? ¿Y el chocolate que está cociendo? Se ha quemado. Siento como todo mi cuerpo arde, me abrasa, y no es calor, es frío, un frío más frío que el de navidad, tan frío que ha quemado el chocolate, que ha evaporado cualquier lágrima que intentase hacer acto de presencia, que ha quemado el último pétalo de la rosa del jardín, tanto quema, tanto, que he empezado a arder sin darme cuenta. No estás. ¿No está? Estoy perdida, confusa y aletargada. No, no. Perdón. Yo y mi manía de no saber expresarme. Me siento insegura, inconscientemente sabía que esto no era inesperado, por lo menos no tan inesperado como mi reacción, innecesaria supongo...supongo. ¿Qué es lo que debo suponer? La puerta sigue abierta y por mi cabeza pasa la posibilidad de que esa sea la razón de tanto frío. O la culpable de que mi alma se haya cerrado de un portazo. Siempre me decían “cierra la puerta que se escapa el gato”. Pero no quiero cerrarla, porque si la cierro, el gato no volverá, no volverá, no volveremos y no me siento capaz de superarlo. Coloco las palmas de mis manos sobre el suelo frío que siento, que derrito con el calor de mi piel y me pongo en pie, las rodillas me tiemblan de manera incontrolable; otra de las cosas que no he sido capaz de controlar, mis rodillas, que en este último mes pisaron más suelo que mis pies, rezando, suplicando que esto no pasara, no sé si a tí o a dios, supongo que lo lanzaba al aire, al aire frío, porque con él hacía viento y podían llegar más lejos. Miro a mi alrededor sin saber muy bien qué busco, o si te estoy buscando a tí, o algo a lo que sostenerme para poder soportar la noticia. Veo la rosa. El tallo sin pétalos, la rosa que ya no es rosa, por culpa del aire, por culpa del frío. ¿Sentiría calor también? No hay rosa sin espinas. No recuerdo muy bien quién me dijo esta frase, nunca la entendí. Y quizás hoy lo haya hecho, algo tarde, pero dicen que mejor tarde que nunca. Ahora sé que no hay rosas sin espinas, no, y sin embargo tú te clavaste aún sin estar, y ahora soy una rosa sin tí, ahora tú eres la espina sin mí, ahora yo soy una rosa poco rosa, con una, con diez, con muchas espinas que duelen y ninguna eres tú. Ahora eres rosa, cielo y calma. Ahora me siento espina en medio de un devastado jardín sin rosas. Y sin tí.

Cuarto Premio

CEPA Canillejas

EL SUEÑO IMPOSIBLE

Autor: Oscar Valderrey García



Era de noche, mi estómago y cuerpo reposaba después de una suculenta cena que me había preparado Ana, y de un duro día de trabajo. ¡Qué gran suerte tenerla a mi lado y hacerme sentir tan afortunado!

La oscuridad de la noche entraba por las ventanas y escondían las paredes haciéndolas desaparecer, tan solo una pequeña luz de una vieja lámpara reflejaba algún destello tenue en una de las esquinas del salón. A mis párpados les costaban sostenerse en lo alto y una melodía se introducía en mis oídos indicándome el camino al descanso de mi cuerpo.

En la cama estaba Ana con unas gafas medio caídas en la que sus ojos se movían de izquierda a derecha leyendo un libro, las hojas brillaban por la luz cálida de una gran vela depositada en su mesilla. Disfrutaba leyendo novelas y dejando escapar su imaginación hacia lo desconocido.

Me tumbé a su lado, nos dimos un beso y la habitación se llenó de calma y de refugio para ambos. Un lugar y momento en que el tiempo reducía su velocidad, alargándose cada segundo sin que importara nada, como una mirada por la ventana viendo siempre la misma tranquilidad de un bello paisaje.

Nos deseamos buenas noches y no tardé en colarme en el sueño y encontrar mi universo tranquilo, como si de un libro de palabras se tratara y querer escribir sobre las páginas.

En medio de la noche me levanté y fui al baño, encendí la luz que me cegaba y no me dejaba abrir los ojos sin que fuera con un gran esfuerzo. Dirigí mi mirada con los brazos apoyados en el lavabo de mármol frío hacia el espejo. No veía mi rostro en él, estaba observando la cara de Ana. Tenía el pelo despeinado, sus ojos estaban tristes y perdidos como un náufrago en el mar, tenía el labio desquebrajado, inflado y corría por él sangre como cae la cera de una vela encendida huyendo de la llama. No daba crédito a mi visión, me giré sobre mi espalda escuchando pasos cada vez más cercanos y me encontré conmigo: era yo enfurecido, con los ojos ensangrentados en odio e imposibles de cerrar los párpados. Gritaba insultos y cuando estaba a un metro de mí lanzó su mano sobre mi cara.

¿Qué estaba ocurriendo? ¿Por qué sucedía esto? ¿Qué locura era la que estaba viviendo? Aquella persona no podía ser yo, no le encontraba explicación alguna. Un temblor recorría mi cuerpo, estaba paralizado, como una roca que espera que rompa la siguiente ola contra ella. De repente sentí una mano sobre la mía y vi a Ana con rostro preocupado y entraron finamente por mis oídos unas palabras:

—¿Te encuentras bien? —dijo Ana asustada. Mi corazón palpitaba tan aceleradamente que me era imposible contestar.

—Estás bien? —me preguntó, quitándose el sudor que recorría mi frente.

—Ahora sí, cariño... Fue un sueño horrible —respondí.

—Me has asustado —me respondió sobresaltada.

—Lo siento —le dije. Mi cabeza giraba en círculos sobre la escena que acababa de haber vivido y que parecía tan real. El hecho de sentirme tan indefenso, tan vulnerable, el convertirme en un ser tan cobarde fue angustioso, me produjo la sensación de sentirme horrible conmigo mismo.

—¡Ana! —exclamé mientras volvía a dormirme.

—Dime? —me contestó.

—¿Por qué la gente hace cosas horribles sabiendo que lo son? —le pregunté.

—No lo sé, cariño... Duérmete, es muy tarde —respondió. Me era difícil conciliar de nuevo el sueño, me preguntaba por qué era el rostro de mi mujer y no el mío el que había visto en el sueño. Tal vez entró en mí el “conocimiento” en forma de sueño para buscar la respuesta a lo que no comprendo.

Cuarto Premio

CEPA Casa de la Cultura de Getafe

UN MAL DÍA

Autor: Arián Herrera Peláez



Durante aquel día, recuerdo no haber tenido muy buenas sensaciones. Era uno de esos días en los que tienes el presentimiento de que algo malo te podía pasar.

La discusión con mi editor fue el preludio de una tormenta de desastrosos acontecimientos entre los cuales se encontraba la pérdida de las llaves de mi oficina. “Qué horas más largas... ¡y aún queda toda la tarde!” pensé mientras el trabajo y las llamadas se me acumulaban.

Cuando llegué a casa, mi cuerpo era como un trozo de carne apaleado, el cansancio y el agotamiento de aquel largo día hacía que mis ojos se cerraran inconscientemente.

Cerré la puerta principal muy despacio, como si no quisiera hacer ruido...como para no despertarme a mí mismo. El calor y el olor característico de mi casa me abrazaron como una madre acurrucada a su hijo que se ha caído al suelo.

Me dirigí a la cocina, donde el desorden campaba a sus anchas, dando la razón a mi hermana de que un día mi propia casa me engulliría. Vivir solo no son todo ventajas, como dice mucha gente.

Después de buscar con desesperación entre los pocos cacharros que quedaban limpios, encontré una sartén, una sartén que pensé entre risas que era la primera vez que la veía.

Mientras el aceite se calentaba, saqué unos solitarios san jacobos que había en la nevera desvalijada. Solo cuatro latas de cerveza hacían acto de presencia. Eché los san jacobos y me preparé una copa de vino para mi

viaje hasta el comedor fuera más ameno. Apreté el pomo, me dirigí al sofá de piel bastante curtida de tantas batallas que había tenido a causa de los años y me tiré a plomo.... Como si hubiera recibido un disparo en la nuca. Por fin, descanso. El placer de estar allí tumbado no tenía parangón con cualquier otra cosa en esos momentos.

No recuerdo lo que tardé en perder el conocimiento, pero imagino que no fue más de un minuto. Sabía que ese día era y fue un día malo, agotador y con desagradables sensaciones. Pero jamás pensé que la mejor manera de rematar un día penoso era quemar tu casa y dos plantas más, con una sartén y dos san jacobos.

Cuarto Premio

CEPA Cid Campeador

MI INESPERADO NUEVO AMIGO

Autor: Petr Muszynski

Las hojas de los árboles, que mudan su ropaje en los meses de otoño, lo inundaban todo; aceras, coches, calzadas. En esos días rojizos y grisáceos me encanta salir a pasear sin prisa, en compañía de mi querido perro Aaron, con el que tantos buenos momentos he compartido. Muchos de estos los hacemos en el vistoso y natural entorno de la Casa de Campo.

Tanto a él como a mí siempre nos atrae juntarnos un rato con otros aficionados a dar largas caminatas por este paraje. Sus árboles, su lago, sus diferentes lugares con sus distintos sonidos, sus flores y colores, son una gran razón para perdernos en esta, sin mirar el reloj. Sin embargo, esa vez estaba menos transitada que de costumbre y terminamos adentrándonos en lo más profundo del parque.

Tras jugar juntos a que me devolviera un palo que le lanzaba, él también se entretenía en perseguir un conejo que nunca alcanzaba. Seguimos caminando media hora más de forma pausada. De repente Aaron se alejó y corrió mucho más rápido de lo normal, alejándose de mí, en dirección a una zona arbólica.

Ladró y ladró de una manera escandalosa, sin yo saber por qué.

Le llamé a gritos, pero solo se acercó a unos tres metros de mí y siguió ladrando. En este momento pensé, esto no es normal, su reacción era rara. Este peculiar modo de actuar se repitió unas tres veces, lo que me pareció más extraño todavía, ¿Qué es lo que le estaba pasando?

Entonces vi a mi perro chupar, con su húmeda y larga lengua algún resto depositado en el suelo. ¿Tal vez un conejo, tal vez un pájaro caído de un nido? Al no estar seguro de qué se trataba le di una orden: ¡deja de chupar eso!

Intrigado fui a ver hasta donde se encontraba. Mi sorpresa fue enorme cuando vi un cachorro de perro, que tendría unos 3 o 5 meses como mucho. El pobre estaba encadenado a un árbol, sin comida ni bebida y extremadamente flaco y débil.

Mi reacción humana fue salvarlo de su cautiverio. Saqué una navaja con la que logré cortar la cuerda que lo retenía. Después, de mi botella, le di a beber agua.



Acercó su hocico a mis manos y me lo agradeció con su mirada. Después, observé que no tenía fuerza suficiente en sus pequeñas patas para caminar por sí mismo. En ese momento, di por finalizado el paseo. Tomé el cachorro entre mis manos y fui directo a la clínica veterinaria más cercana.

El veterinario me dio muy malas noticias: el cachorro, que estaba seriamente desnutrido, podía morir en cualquier momento. Me ofreció sacrificarlo mediante una inyección letal, de forma gratuita. Yo le dije rotundamente, ¡Gracias, pero NO!

Entonces lo llevé a mi veterinario habitual, con el que tengo confianza. Me dio el mismo diagnóstico: inyección letal. Por supuesto lo desestimé y decidí curarlo YO MISMO, con mis propios medios en mi casa. Muy lentamente el cachorro mejoró, empezó a coger peso y a contar con nuevas fuerzas para vivir, recuperándose poco a poco. En medio año, ya estaba saludable. Mi veterinario habitual se quedó perplejo al ver que el cachorro había salvado la vida. Entonces supo que tendría un nuevo paciente en su consulta.

El cachorro, se llama Gunter. Hoy en día, ambos Aaron y Gunter se cuidan como hermanos y yo soy la persona más feliz del mundo con mis dos grandes y fieles amigos, que me alegran cada día de mi vida. ¿Quién iba a decir que de un cotidiano paseo volvería con un inesperado nuevo amigo?

Cuarto Premio

CEPA Ciudad Lineal

UN DESEO CUMPLIDO

Autora: Beatriz Jiménez Rodríguez



La vida de Gregoria Avellón transcurría a diario en la Residencia Mirasierra, en un pueblo de la Sierra de Madrid llamado Cercedilla, en la antigua carretera de los Molinos. Un lugar en un entorno privilegiado de la sierra de Guadarrama.

Su día a día consistía en levantarse, asearse siempre con la ayuda de una auxiliar e ir a desayunar; aunque con 104 años Gregoria se valía por si sola bastante bien.

La dueña de la Residencia, Clara, no cabía en sí de asombro y decía:

- ¡Madre mía! ¡Qué bien está Gregoria!... Porque la edad la dice su DNI... que, si no, no me lo creería. Gregoria -después de desayunar- se marchaba al salón a ver la televisión y, si no hacía frío, salía al porche de la Residencia para tomar el aire sano de la Sierra y estar con otras dos ancianas con las que había entablado amistad. Como decía ella .. "a ver la vida pasar", y envuelta en sus muchos recuerdos de su tan larga vida.

Por la tarde cenaba pronto y veía un rato la televisión. Protestaba continuamente porque tenía que acostarse temprano.

Ella era de Cuéllar, un pueblo de Segovia. Allí vivió con sus padres y hermanos. De adolescente trabajó en Peñafiel sirviendo en casa de unos marqueses, junto a su hermana Anastasia, que todavía vive y ha cumplido 104 años. Después de unos años se trasladó a vivir a Madrid, en la zona de Prosperidad. Allí conoció y se casó con Valentín, (ya fallecido), con el que tuvo dos hijas, Carmen y Asunción, que la visitaban asiduamente junto con sus respectivos maridos e hijos.

Todos los días Gregoria rezaba a Dios, y le pedía continuamente un deseo: "volver un solo día a ser joven otra vez" ...

Ya llevaba 6 meses en la Residencia, llegó el

invierno y se puso enferma con un fuerte catarro. Viéndose ella tan decaída y débil, en un último esfuerzo, volvió a pedir a Dios que la concediera ese día tan deseado, y así fue...

El día 15 de enero recibieron una llamada de la dueña de la Residencia, asombrada porque no podía creer lo que ocurría. Clara no daba crédito a lo que estaban viviendo ese día allí, ya que, al ir una auxiliar a la habitación de Gregoria para despertarla, se encontró con una mujer joven de unos treinta años, vestida, arreglada, mirando felizmente a través de la ventana, y llena de emoción... ¡Su deseo se había cumplido!

Toda su familia disfrutó ese día tan maravilloso, minuto a minuto, con Gregoria, y echaron mucho de menos al abuelo.

Así es la vida, hay que disfrutar el presente y lo que nos concede el día a día. Cada día es un comienzo nuevo y para Gregoria lo fue tan sólo por un día... dos días, después fallecía.

Todavía me envuelve con un gran abrazo el recuerdo de aquel día tan maravilloso que me acompañara toda la vida y que disfrutamos junto a ti, mi querida abuela. Nunca te olvidaremos.

En recuerdo de nuestros mayores.

Cuarto Premio

CEPA Clara Campoamor

LA VIDA

Autora: María Mendoza González



Decidió hacer el viaje más importante de su vida aquel día. Se acababa de jubilar y ya no tenía nada más que hacer.

Escogió el tren. El tren tiene algo especial...

Recordó que ella también tenía algo especial, pero aquella maldita enfermedad se la llevó demasiado pronto de su lado. Al menos no le dejó solo. Una pequeña vida reclamaba toda su atención. Se volcó en el trabajo duro para sacarlo adelante y se olvidó de sí mismo. Fue difícil.

Para aliviar el dolor se refugiaba en una botella cuando creía que el pequeño dormía, pero le veía y también veía como pasaban por su vida mujeres de las que nunca supo el nombre.

Sabía que su hijo no le respetaba. Lo supo cuando aquel día se miraron a los ojos. Se había convertido en un hombre con valores y futuro y él... él solo era un borracho amargado

Las vibraciones de la marcha del tren empezaron a relajarle. Cerró los ojos y recordó los buenos momentos, eran pocos y lejanos, pero estaban. Se recostó. Sintió alivio justo antes de que el frío del acero de los raíles le recorriera la nuca.

Cuarto Premio

CEPA Colmenar Viejo

UN DÍA CUALQUIERA

Autor: Rodrigo Muñoz García



Como cada día a las 6:30 am vuelve a sonar mi viejo despertador, me he levantado luchando contra las ganas de volverme a la cama, enrollarme en mi edredón y estar otros cinco minutos ¡¡ uummm qué sueño !!... pero eso me pasa cada mañana, me desperezo, me pongo ropa cómoda, unas zapatillas y salgo a correr.

Voy pensando, en mi mundo, viendo como el bar que hay al salir de casa está encendiendo las luces, saludo a Antonio, el frutero, que me grita buenos días con unas naranjas en la mano, sigo corriendo dirección al parque que está a unos seis kilómetros y mientras... comienza la vida en mi ciudad.

Alegre sigo hasta llegar a mi bonito parque donde descanso un rato antes de volver, las ardillas corretean de rama en rama, cantan los pájaros, y en ese momento soy realmente feliz. Mis pulmones se ensanchan, se oxigenan en cada respiración y cada vez me siento más sosegada, más tranquila, el olor a hierba mojada me recuerda a mi familia, a mis amigos, a mi pueblo; soy de un pueblo de Guadalajara que se llama Sigüenza, pero por trabajo me trasladé a la capital.

Tenía 25 años y recién acabada mi carrera de Filología Hispánica, me ofrecieron una sustitución como profesora de Lengua y Literatura en un colegio de la capital, sin pensarlo me vine, se suponía que para seis meses y ya han pasado dos años.

En el colegio conocí a Alberto, el profe de inglés. Cuando le vi la primera vez me pareció un poco raro, su forma de vestir, su pelo...pero empezamos a sentarnos juntos en el comedor y poco a poco me fue cambiando la forma de pensar, ya no le veía tan raro si no que cada día deseaba más que llegase la hora de comer para tener un rato a su lado y charlar de cualquier cosa.

Y cómo no... al final un día me preguntó si me apetecería ir al cine, que estrenaban una peli muy chula... ¡Por fin se decidía!... Hasta me sonrojé, pero por supuesto que le dije que sí... Y así comenzó lo que ahora es mi pareja, mi mundo.

¡Y nos casamos el año que viene!

imaginando cómo serán nuestros hijos, nuestra propia familia...

Hoy también mi reloj me vuelve a despertar, y como cada día casi me vuelvo a la cama, pero como cada día vuelvo a ponerme mis zapatillas y salgo a correr, a disfrutar pensando en tantos momentos buenos que me está dando la vida, y los que están por llegar... ¿Perdona?; Quién eres tú? ¿Que te acompaña? No, no, no...

Hola soy Alberto el marido de Lucía, así se llamaba ella, he querido contarlo tal y como ella lo hubiese contado, como ella me lo contaba, con entusiasmo, con alegría, con tantas ganas de vivir...

Le encantaba su rutina, levantarse, ir a correr, llegar a casa casi sin tiempo más que para darse una ducha y con un sorbo de café, los dos juntos corríamos a nuestro trabajo, cogidos de la mano y besándonos en cada esquina...

Pero de la forma más inesperada nuestra vida cambió, ya nada volverá a ser igual... alguien interrumpió su paseo matutino... Y a la vez paró en seco nuestros sueños... Un día cualquiera, en un segundo... deja de ser un día cualquiera, sólo porque alguien obvió un derecho fundamental del ser humano... decidir libremente... **NO, ES NO, Y SI NO ES SÍ... TAMBIÉN ES NO.**

Cuarto Premio

CEPA Daoíz y Velarde

DINOSAURIOS

Autora: Daniela Orellana Mora



“Dinosaurio: Saurópsido del período triásico desaparecido durante la extinción masiva del periodo Pérmico – Triásico...”

Lo leía una y otra vez como intentando viajar en el tiempo para situarse allí, viendo casi materializarse los restos fosilizados de enormes bestias, pensando que él mismo no sería más grande que uno de esos colmillos que formaron lo que en su día fue una mandíbula. Él era parte de ese engranaje, pequeño e ínfimo, ante un mundo monstruoso y lleno de peligros, con miedo, pánico y solo. Casi como el último de su especie... Y se sintió como en casa en esas ensorronaciones prehistóricas a las que se abandonaba de vez en cuando.

“Porque la sociedad te quiere, tímido, infeliz y fracasado...” Así lo había creído desde que supo quién era y aunque no se comprendía muy bien, quiso empezar a hacerlo. Quería sentirse por una vez igual que un dinosaurio en sus tiempos de esplendor, amo y señor de la tierra. Pensar en ello estaba bien, pero no sabía qué más hacer. Era una persona de su tiempo, fiel reflejo de los elementos y esa erosión dejaba concavidades difíciles de llenar.

Necesitaba un plan. Estaba harto del acceso místico que le brindaba el ascetismo en que vivía. No quería más adoctrinamiento de sus deseos ni de su propia moral respecto a sus necesidades de individuo porque ya no eran de orden inferior. Ahora sentía la vida como un torrente que circulaba por cada una de sus extremidades, que lo poseía. Y quería dirigir la orquesta.

Decidió comenzar siguiendo sus adoradas rutinas y fue al lugar más inspirador y acogedor que conocía: su bar de toda la vida.

Y ahí seguía, en lo esencial, exactamente igual que el primer día, a pesar de sus innumerables traspasos desde que el difunto don Manolo se jubilara y nadie quisiera hacerse cargo del negocio familiar. Pasó mucho tiempo hasta que al fin llegaron los encargados que le devolvieron el esplendor pasado, ya que por temporadas se convertía en un sitio anodino que no invitaba a quedarse. Ahora, con la modernidad, resultaba que se había convertido en un lugar “vintage”, con gentes de los más variados pelajes y envolturas... Pero él se deleitaba recordando la época en que llegaron el finado y toda su prole, que incluía a su mujer, cinco hijos, las abuelas y

dos cuñados, a instalarse en el suburbio, cuando aquello no era más que un incipiente y polvoriento poblado, habitado por emigrantes pobres y chiquillos flacos con los mocos colgando... De eso hacía veinte años ya, la ciudad había crecido y el distrito mejorado en apariencia. Y, sin embargo, él sentía que en este mundo cambiante y a menudo hostil el bar era un lugar cálido y conocido.

Le gustaba sentarse al lado de la ventana, en donde leía o veía el cielo, el ir y venir de la gente, cómo iban vestidos, el paso lento de las parejas enamoradas y el apresurado de las que se odian y no lo asumen... Esa observación era estimulante y reconfortante, le ayudaba a pensar. Y en eso estaba cuando aquel camarero tan simpático y varonil, aquel que le dedicaba sonrisas cada vez que lo veía, aquel que recordaba su nombre y lo que tomaba y que incluso le preguntaba por la razón de sus ausencias cuando no iba, se le acercó con su café de la mañana.

Le gustaba su cara, su aspecto, su deferencia... Llevaba un tiempo fantaseando con la idea y pensarlo le provocaba escalofríos. Y él, que había nacido cobarde, asustadizo e inseguro para tomar las riendas de su vida, se dijo a sí mismo que si aquello no funcionaba, tampoco sería el fin del mundo, pues acababa de leer cómo bichos más grandes habían caído. Todo era cuestión de probar.

Y casi no lo cree, cuando, con todos los arrestos que tenía acumulados, en un arrebato de valentía y huevos de dinosaurio, enfrenta al camarero, le invita a tomar algo después del trabajo e, inesperadamente, este le dice que sí con un gran semblante de aprobación, casi de satisfacción. ¡Además, le comenta que era algo que llevaba mucho tiempo esperando! Y ese día, juntos, se van de la mano. Con el tiempo y entre risas recordarían aquella primera vez que en sí misma fue la mejor, porque era algo muy deseado, por fin admitido y deliciosamente disfrutado. Al fin y al cabo, uno no se encuentra con su afinidad superior así como así, por casualidad... ¿O sí?

Cuarto Premio

CEPA Distrito Centro

DOROTEA

Autora: María Soledad Arribas Crespo



Me llamo Dorotea, y soy una chica muy normal. Dicen que tengo nombre de señora mayor, lo ven raro en alguien de mi edad. Me lo pusieron por una cantante alemana de un grupo rock de los años ochenta que se llama así, y que a mi madre de joven le encantaba. Aunque la gente piensa que podría ser por mi bisabuela.

Lo del nombre era por romper un poco el hielo. En realidad, lo que quiero es contaros algo que me pasó hace poco, como diría... inesperado.

Una noche, me fui a dormir y tuve un sueño. Yo estaba sentada en mi salón, viendo la tele. Sonó el timbre, me levanté y fui hacia la puerta. Pregunté en voz alta, “¿Quién es...?” “Traigoun paquete para Dorotea Pérez...”. Abrí la puerta despacito para asomarme por el hueco. Era una mujer rubia, pero no pude verle la cara. Llevaba puesta una gorra con una visera enorme, y no me dejaba vérsela.

Cuando me dio el paquete, cerré la puerta y corrí al sillón para sentarme y abrirlo. Pero... ¡No! ¡Sonó el despertador! ¿Por qué? Solo un minutito más... ¡Qué asco de móvil! Me quedé con las ganas de ver qué había dentro. Me pillé un buen mosqueo, pero se me fue pasando durante la mañana. Total, que yo pensé que había sido un sueño como otros, pero no. Se siguieron repitiendo. En el siguiente, yo estaba sentada en el banco de un parque. Una mujer rubia con un sombrero negro se sentó a mi lado. Abrió un libro y se puso a leer. Yo estaba distraída, escuchando y enviando mensajes de WhatsApp mientras esperaba a un amigo. Cuando me quise dar cuenta ya no estaba. Lo que sí vi fue una caja sobre el banco, con mi nombre escrito. La cogí y empecé a romper el papel, y entonces... “Próxima parada: Cuatro Caminos. Conexión con las líneas 2 y 6...” ¡Me había quedado dormida en el metro! ¡Otra vez la misma historia!

Las siguientes noches volví a soñar que me dejaban cajitas en la butaca de al lado en el cine, en la cinta de la caja del supermercado, en el asiento del autobús... Pero nunca vi la cara de la mujer que me las dejaba, ni pude abrirlas. Estuve unos días enfadada, y todo el rato dándole vueltas al tema. Pero los sueños terminaron. La verdad es que lo agradecí, porque me estaba volviendo un poco loca. Una mañana, me levanté y me preparé para irme a trabajar. Terminé de desayunar de pie y corriendo, para no variar. Fui a dejar la taza en la pila de la cocina y como iba acelerada, tropecé y al pisar fuerte, una tarima de madera

del suelo se partió y me hice daño en el pie. Dije un par de tacos y me agaché acariciándome el tobillo mientras miraba la tabla rota. Quité los trozos y me di cuenta de que estaba hueco debajo. Había algo. Era una caja de madera, muy sucia. La cogí entre las manos y soplé. Se levantó una nube de polvo. Tosi y me empezaron a llorar los ojos. Pasé un rato incómodo, pero poco a poco se me fue pasando.

De repente me pasó como en una película, que la protagonista ve imágenes muy rápidas en su cabeza de cosas que le han pasado, como un flash. Pues yo igual, pero con la mujer rubia y las cajas sin abrir. ¡Uf! ¡Qué agobio! Fui a por un vaso de agua, porque tenía la garganta seca. Me temblaban tanto las manos que me costó beber. Me senté e intenté respirar. Casi no podía sujetar la caja de los nervios que tenía. “¡Venga, tranquilízate que te va a dar algo...!”

Ya no notaba el latido del corazón tan fuerte como hacía un rato. Respiré profundo y abrí la cajita. Estaba llena de joyas. No soy una experta, pero no tenían pinta de ser de mercadillo. Moví con la mano el revoltijo. Había collares, algún anillo, varios pendientes y un par de pulseras. Lo estaba tocando, pero no me lo creía. Me llamó la atención un colgante con una cadena muy bonita que parecía de oro. Tenía un medallón grande con una tapa. Dentro una foto muy antigua de una mujer con el pelo claro. Y detrás un nombre: “Dorotea”

Nunca pude ver la cara a la mujer de mis sueños, pero en ese momento supe que era ella. Sentí un escalofrío. ¿Os podéis creer que hasta se parecía a mí? “¡Venga ya, tía...! ¿pero qué dices?”. ¡Hasta me puse a hablar conmigo misma de lo atacada que estaba! Lloré y reí a la vez. No entendía nada ¡Así que Dorotea! ¡Entonces me había estado avisando todo el tiempo! Nunca sabré qué conexión teníamos y por qué me había pasado a mí. Aún ahora que os estoy contado esto me lo sigo preguntando. Pero si Dorotea quiso que me cambiara la vida de esta manera, voy a empezar a dejar de darle vueltas.

Esto... ¿Sabéis que estoy agotada? Creo que lo que pasó a partir de ahí, os lo contaré en otro momento. ¡Ah! Una última cosa. Ni siquiera sé si seré madre algún día. Pero si tengo una hija, os podéis imaginar como la llamaré, ¿no?

Cuarto Premio

CEPA Dulce Chacón

UNA HOJA DE PAPEL EN BLANCO

Autor: Víctor Manuel González Gallego



De nuevo una hoja de papel en blanco atenaza y bloquea mi mente cuando me encuentro con ella en mi mesa de trabajo. Una hoja de papel que se abre ante mis ojos como un abismo vertiginoso y abrupto impaciente por llenarse de palabras, renglones o tal vez versos.

Historias que no llegan, ideas que se entrelazan sin una conexión fija, personajes enmarañados que vagan por un laberinto dentro de mi cerebro intentando encontrar la salida, una salida que a veces se acerca y otras se aleja.

Espero paciente a que las musas lleguen...

...pero no aparecen.

Tomo café y pienso...

...pero nada.

Fumo un cigarro y pienso...

...pero nada.

Miro a lo lejos buscando algo que abra el candado de la creación ahora cerrado... pero no aparece nada.

Es la soledad del escritor, una lucha interna por contar y unir una historia que se torna difícil cuando sólo se encuentra el vacío.

Una vez más arrugo otra hoja con garabatos mal escritos, entonces, la papelera se convierte en una improvisada canasta de baloncesto rodeada de tiros fallidos, de palabras sueltas, de renglones inacabados y versos sin sentido, intentos que me hacen plantearme tirar la toalla, pero no desfallezco y continúo al pie del cañón.

Y sin quererlo, ocurre lo inesperado, dentro de mi cerebro se enciende una luz, estalla la chispa y ahora todo brilla con luz propia, lo que antes era un abismo vertiginoso se convierte en un torrente de historias, paisajes y personajes unidos con un mismo destino.

Aparecen robinsones, ballenas blancas y dragones

que llenan las hojas en blanco, de vivos colores, de mundos encantados y de personajes fantásticos. Hojas que se llenan de palabras terminadas, renglones completos y versos que enamoran.

¡Ahora sí! Tomo café.... para seguir despierto escribiendo.

¡Ahora sí! Fumo un cigarro.... para emular a aquellos escritores bohemios que encontraban a sus personajes en el humo que se disipaba en el aire, tras las lánguidas notas de un piano tocando Jazz.

¡Y ahora sí! Miro al horizonte porque está lleno de historias que contar, está lleno de personajes que descubrir y está lleno de versos por recitar.

Ahora me paro un instante para echar la vista atrás y esa hoja que estaba en blanco me vuelve a apuñalar, ahora que ya está escrita me surge una pregunta más complicada de responder.

¿Y esto, a quién le va a gustar?

De lo inesperado surge la magia, de lo inesperado se puede soñar y ahora quedan en tus manos las palabras terminadas, los renglones acabados y los versos que tú has de recitar.

Y mis preguntas quedarán en el aire como aquella lánguida melodía que un viejo pianista tocaba en clave de Jazz.

Lolek33

Cuarto Premio

CEPA El Molar

HIJO DE DIOS

Autora: Paula Rey Soriano



Y ahí estaba, cubierta de sangre y distintos fluidos que provenían del mismo cuerpo, el trágico final de su madre le habría marcado de por vida.

Tan bella y amable era Roxana, sus rizados y dorados cabellos que caían sobre sus hombros, iluminaban y daban vida a un par de brillantes ojos azules, mientras el pálido tono de su piel hacía a la chica semejante a una frágil y diminuta flor. Sin embargo, a pesar de la nunca vista perfección de su rostro, este se hallaba tan alejado de sus diminutos pies que la joven adolescente se había convertido en el hazmerreir de los agrios habitantes del pueblo. Sonaba increíble para aquel joven y dulce chico que una persona tan hermosa pudiese ser objeto de burla por algo tan simple como unos pocos centímetros de más.

Pasaban horas y pasaban días, y el chico cada vez estaba más enamorado de Roxana, sabía que no era ni la mitad de lo que ella merecía, y asfixiado por este sentimiento, no lograba obtener el valor para hablar con ella, mucho menos para

expresarle su amor. Esto no pudo detenerle la noche que encontró a la pequeña escondida en una esquina formada por dos imponentes muros. Sus sonrosadas mejillas estaban encharcadas por frías lágrimas que brotaban de sus irritados ojos, su cuerpo temblaba en respuesta al tacto del joven, y sus delgados y pálidos brazos estaban cubiertos de grandes marcas moradas como resultado de las pedradas que había recibido por parte de los hombres más violentos del lugar, que acusaban a la chica de ser un terrible monstruo. Mientras la pobre joven fijaba su mirada en el cielo pidiéndole a Dios que acabase con su dolorosa existencia, el tímido enamorado permanecía a su lado esperando con ella a que llegase de nuevo el amanecer.

No transcurrido mucho tiempo, Roxana y el atento joven ya habían hecho tantos planes como días habían pasado juntos, la hermosa muchacha llevaba meses embarazada y todo parecía ir perfectamente. Pero como bien dicho “parecía”, la frágil joven sufrió una terrible enfermedad que, de no ser curada por el mismísimo Señor, acabaría con su vida y con la de su futura hija. Una vez sus súplicas fueron escuchadas, su admirado Dios de todo le

ofreció la vida eterna, y sin siquiera detenerse a analizar el precio, la chica terminó por firmar su propia sentencia.

Pasaron los meses y nació la pequeña Iris, una hermosa criaturita de ojos rojos y pelo castaño, años más tarde acompañada por la dulce Ágape, que compartía las mismas características: dos enormes ojos color carmín y, con el paso del tiempo, una abundante y oscura melena que sujetaba con una trenza. Según fue creciendo, Ágape pudo percibir cierta agresividad en el comportamiento de Iris hacia Roxana,

parecía querer consumir cada célula de su cuerpo con la vista, un sentimiento tan fuerte y rabioso resultaba grotesco ante su inocente mirada, y no pareció cesar hasta que la bendecida por Dios quedó embarazada por tercera y última vez, diez años después del nacimiento de Ágape.

Para sorpresa y desgracia de la pequeña familia, fue el padre quien no llegó al tercer parto, el nacimiento del único varón. Sus ojos parecían dos enormes luces del color

de la misma sangre, pequeños pero afilados dientes asomaban entre sus labios cuando se le veía reír y su piel se teñía de un negro tan oscuro como el del puro carbón. Quizá Roxana podría por fin haberse dado cuenta de los monstruos a los que estaba criando, sin embargo cuando quiso acercarse a ver a su horrendo hijo, algo se abalanzó sobre ella negándole el oxígeno, y pronto la vida.

Y ahí estaba Ágape, cubierta de ácida sangre y distintos fluidos que provenían del cuerpo de su madre, a quien por el innegable instinto que se había activado en ella al respirar el ácido olor de la placenta, había devorado sin piedad alguna, dejando en

el olvido, la tímida figura de la ya no tan joven muchacha.

Cuarto Premio

CEPA Gloria Fuertes

EL ROCÍN

Autora: Rosario Puente Uceda



Por tercer año consecutivo, Raúl Fontán encara esta última prueba de las Series Mundiales de Triatlón en primera posición de la clasificación. Vincent Belaubre, el segundo clasificado, está a noventa puntos del español. El resto de los competidores no tienen ya ninguna opción para ganar, así que a Raúl le basta con quedar por delante del francés para alzarse con el Campeonato del Mundo. Sin embargo...

Raúl, "El Rocín", es un triatleta improbable. Había nacido y crecido en Campo de Criptana, a cientos de kilómetros de algún lugar aceptable para practicar natación en aguas abiertas y con una orografía sin elevaciones dignas para el ciclismo. Sin embargo, siempre le gustó correr y desde los ocho años iba y venía entre los molinos, como un hidalgo cervantino, aunque sin caballo ni escudero. A su paso, los vecinos le gritaban: "¿A dónde vas, Rocinante?". Y como fuera que en los pueblos es costumbre hacer escarnio, pero no mucho, acabaron por mudarle el mote a "El Rocín".

Su padre, en cambio, era un apasionado del ciclismo y "El Rocín", por agradarlo, comenzó a alternar las piernas con los pedales, y resultó que no se le daba mal. Sin embargo, los años pasaron y Raúl comprendió que no iba a tener un futuro brillante en el ciclismo, así que volvió a correr.

Una tarde, aburrido de la siesta, Raúl bajó a la piscina municipal, y tras pensárselo unos instantes, se zambulló en ella y comenzó a nadar. Aunque no era un gran nadador. Aquel día se sintió muy cómodo y se dejó llevar. Desde ese día, nunca dejó pasar más de dos días sin nadar al menos cien largos y comenzó así su carrera como triatleta. El resto es historia. O mejor, presente.

En la prueba de natación, el grupo de los favoritos pronto toma varios segundos de ventaja. "El Rocín", por supuesto, va dentro de ese grupo, justo detrás de Belaubre, pero su momento es sobre la bici. A los pedales es muy superior al resto y pronto consigue la suficiente ventaja para que sea imposible que nadie le dé alcance. Ni siquiera Belaubre.

Raúl coincidió con Vincent Belaubre cuando competían en la categoría amateur. "El Rocín" lo ganaba todo y, a sus veinticinco años, era considerado ya el próximo Rey del Triatlón. Su padre, que en un principio se mostró desdeñoso hacia aquel deporte, acabó por entregarse de una manera casi obsesiva.

Belaubre no destacaba demasiado en aquellos primeros años, y cuando ambos dieron el salto a la categoría Élite, solo se esperaba de "El Rocín" grandes éxitos. Sin embargo, Belaubre ganó el campeonato en su primer año, arrebatiéndole la victoria a "El Rocín" en su última prueba. El siguiente año, pese a que Raúl ganó varias de las carreras de las Series Mundiales, Belaubre volvió a ganar y el "Rocín" terminó hundido y frustrado ante la superioridad de su rival.

Cuando tras calzarse las zapatillas de correr, inicia la carrera, "El Rocín" sabe que va a ganar. Vuela sobre el asfalto y los metros pasan bajo él a gran velocidad. Se sorprende cuando ve la pancarta de último kilómetro y busca a su padre entre el público, en el margen derecho, como siempre, a cien kilómetros de la meta. Tiene que estar eufórico, piensa. Pero no lo está. En su rostro no se atisba felicidad, sino preocupación, alarma. Y entonces lo comprende. Ya no hace falta mirar atrás, casi puede sentir su aliento. ¿Cómo es posible? ¿Cómo demonios ha podido correr tanto?

De pronto es consciente del enorme peso de sus piernas, dos yunque que anhelan hundirse en el asfalto y que le obligan a luchar por cada centímetro. Decide apoyarse en el dolor para dar otra zancada, y después otra y luego otra, hasta el final. Entonces recuerda a su padre. "Hoy es a vida o muerte, hijo. Él o tú. El que gana vive".

Al pasar junto a su padre cierra los ojos, rendido. Y entonces oye un golpe seco, un estampido. "me he roto por dentro" piensa. Siente el sudor de Belaubre golpearle en la cara, denso y tibio y le impregna de un olor metálico que no alcanza a entender.

Cuando abre de nuevo los ojos, se encuentra con la cinta que debe atravesar el vencedor. Y la cinta está intacta. Belaubre no ha llegado. Raúl adelanta su mano derecha, toca la cinta para asegurarse que es de verdad y cruza en primera posición.

Escucha por fin los gritos de júbilo del público celebrando su victoria. Pero no, son gritos de espanto. Cuando se da la vuelta, ve un cuerpo que se encuentra tendido en el suelo boca abajo, a cien metros de él. A la izquierda, junto a la valla, su padre sostiene una pistola en la mano y le mira con satisfacción. Belaubre permanece inmóvil en el suelo y alrededor de su cabeza se extiende un charco de sangre.

El "Rocín" continúa de pie junto a la meta, atónito, observando alternativamente a su padre y al francés. Poco a poco su expresión va cambiando. Al fin sonríe. "He ganado".

Cuarto Premio

CEPA Hermanos Correa Valdemoro

LA LÁMINA ENMARCADA AL PIE DE LA ESCALERA

Autora: Rocío Sánchez Negro



Frené en seco. Aquellas piedras parecían haberse derrumbado de la ladera. Hacía varios metros que una cama de gravilla invadía la calzada. Eso había provocado que levantara el pie del acelerador, reduciendo notablemente la velocidad a la que circulaba.

Bajé del coche, me asomé al pequeño barranco que quedaba al otro lado de la carretera. Corré. Al aproximarme al vehículo descubrí una muchacha. Su cuerpo inconsciente no reaccionaba ante mis gritos, su cabeza estaba sobre el volante, cubierto de sangre.

Saqué el móvil, "really?". En pleno siglo XXI en un país desarrollado... y, ¡no tengo cobertura!

Deshice mis pasos e intenté llegar a la carretera lo más rápido posible. Descubrí que mis monísimos botines no resultaban nada eficaces sobre ese terreno. No sin gran esfuerzo, conseguí avisar de lo sucedido.

Me apoyé en el coche, mi cuerpo temblaba con una mezcla de frío, miedo y nerviosismo. Mi mirada recorrió el angosto paraje, las rocas, los árboles, la hojarasca que cubría el suelo, el arroyo con su fluir monótono. Todo tan desordenado y simultáneamente tan exquisitamente colocado. El paisaje me recordó aquel óleo de El Bosco, donde aparecen un montón de personajes amontonados, todo ello fruto de una gran organización.

Unas luces intermitentes me sacaron de mi momento de absorción. Después de comunicar lo sucedido, un joven agente me recomendó que me fuera a casa a descansar, no sin antes recordarme que debería pasarme por comisaría a la mañana siguiente cuando hubiese descansado.

Al llegar a casa, me descalcé, di de comer al gato, y me dispuse a subir a mi habitación. Me paré a observar aquella lámina enmarcada, siempre me detenía unos segundos mirándola. Resultaba casi un ritual, que inconscientemente realizaba siempre que pasaba por allí. Al pie de la misma, con letras doradas y un trazo un tanto cursi, se podía leer "El jardín de las delicias".

Recuerdo que pensé que seguramente esa lámina sería lo más cerca que estaría nunca de una obra así.

Caí rendida en un profundo sueño, que no resultó muy reparador. Hasta que una suave voz me susurro al oído: gracias.

Me incorporé sobresaltada, los primeros rayos de sol iluminaban tenuemente la estancia. Pasé la mirada por toda la habitación; como era de esperar, mi gato era el único ser vivo que se encontraba allí conmigo. El despertador anuncia que faltaba aún media hora para que empezara a torturarme con aquel sonido horrendo con el que tenía por costumbre machacarme.

Llegué a la comisaría. El simpático agente de la noche anterior me invitó a que le contara lo sucedido. Este fue transcribiendo todo lo que salía de mi boca. Con cierta lentitud, pues parecía haberse olvidado de que sus manos poseían más de dos dedos.

Antes de salir, me giré, le pregunté si sabía algo sobre el estado de la chica. Los médicos lograron estabilizarla y al amanecer parece ser que despertó, dijo con satisfacción.

Qué inesperado fue que circulara por ese camino, cuando no lo frecuento normalmente.

Qué inesperado que me pareciera plenilunio, cuando era noche cerrada.

Qué inesperado que cada vez que se admira una obra de arte se descubren nuevos detalles.

Pero, lo más inesperado es que, cada vez que paseo la mirada por la lámina enmarcada al pie de la escalera, una sonrisa se dibuja en mi rostro.

Cuarto Premio

**CEPA Hortaleza -
Mar Amarillo**

HURACÁN

Autor: Juan José Ogayar Sánchez



John O'Connor

El joven Pit se despertó sobresaltado en mitad de la noche: algo estaba ocurriendo.

La tormenta que había empezado unas horas antes estaba empeorando. El sonido del viento aumentaba por momentos, las paredes crujían y el suelo se movía. Estaba aterrado. Él nunca había visto nada igual, esto no era una simple tormenta.

Tenía tanto miedo que se escondió en el garaje, su refugio favorito. Fue entonces cuando comenzaron los gritos: el vecindario enloqueció, la gente corría desesperada, el viento arrancaba los árboles y las tuberías explotaban.

De repente, todo quedó en silencio. Cuando Pit se atrevió a abrir los ojos su familia no estaba, todo había desaparecido, estaba perdido en mitad de la noche.

El huracán había arrasado con todo, y la enorme riada que provocó lo estaba arrastrando. Tuvo suerte de haberse escondido en la caseta de madera, ya que ahora esta lo mantenía a flote. Estaba mojado y paralizado por el frío, pero su instinto le decía que tenía que encontrar a su familia.

Por fin se atrevió a saltar, pero el agua lo arrastró al fondo y no podía respirar. Los objetos le golpeaban; nadaba con todas sus fuerzas, pero no conseguía avanzar, la corriente era demasiado fuerte.

Con un último esfuerzo, consiguió llegar a tierra.

La ciudad era un caos, estaba completamente devastada. Con el paso de los días las autoridades habían perdido toda esperanza de encontrar supervivientes, aunque increíblemente Pit seguía luchando. Herido, agotado y debilitado por la falta de alimento no cesaba en su empeño de buscar a su familia.

Por más que luchó, su cuerpo no pudo soportarlo: tirado en el suelo, donde un día estuvo su casa, Pit se rindió.

Cuando estaba a punto de exhalar su último aliento, escuchó su nombre.

Los siguientes días fueron confusos. Cuando Pit despertó se sentía mejor, el dolor y el sufrimiento habían desaparecido, su familia estaba allí, fue tal la alegría que sintió que su colita peluda barrió el suelo. Ellos tampoco habían dejado de buscarlo sin descanso, hasta encontrar a su pequeño cachorro con vida.

Cuarto Premio

CEPA José Hierro

LO INESPERADO

Autor: Celso Noé Arenaza Gurreonero



Permítanme contarles mi relación con lo inesperado, pero para eso tengo que escarbar en mi pasado, que fue una miseria al igual que un gozo, pues las caricias del invierno me amaron y las zarpas del verano me causaron dolor. Creo yo que lo inesperado lo heredé porque ya al nacer mi mamá, soltera ella, esperaba una niña y le salió un macho en primavera. Como ven, lo imprevisto ya se hacía notar. Mi abuelo me llamó Túpac en memoria de un antepasado revolucionario. Él veía en mí a un gran heredero, quien le daría una gran descendencia. Ya a los diez años me hizo matar mi primer buey y comerme el corazón aún latiendo; así mostraba mi hombría y, según mi abuelito, yo sería un hombre muy viril. Qué disgusto se llevó el viejo cuando me encontró haciéndole una felación a mi vecino, tanto fue su enfado y desilusión por lo inesperado que a los dos días el anciano se murió. Yo no podía entender por qué fui algo que no esperaban, si, al final, soy una niña por dentro, una hembra vestida de pene. Siento mucho la crudeza de mis palabras, pero creo que donde me encuentro eso ya no importa. Yo vivía en un pueblito de la sierra peruana, donde nadie me quería. A mí eso no me importaba, pues por fin mi mamá era feliz, su sueño se había cumplido, tenía a su niña adorada. Comenzó a vestirme con largas faldas y me maquillaba, éramos inseparables. Yo dejé mis aventuras con mi vecino para dedicarme a ella. Un día, mi mamá tuvo que viajar, me dijo que volvería en un par de días. Esa fue mi primera espera, los cielos sus ojos cerraban, las nubes con el viento jugaban hasta que la lluvia inundó mi casa cuando la noticia llegó. Mi amada mamá había partido junto a Dios. Lloré, grité, pené y llegó el momento de levantarme de mi soledad y emprender mi camino.

Salí de ese pueblo primitivo y emigré a la capital. Lima era hermosa y caótica. Quince otoños cruzaban por mi vida y me hice tan popular que toda la ciudad me conocía. El escándalo era mi vitalidad, me desboqué y aprendí a explotar mi sexualidad. Aunque parezca extraño, mi cuerpo sufrió una metamorfosis, mis caderas crecieron, mi cuerpo se contorneó. Mi cabello largo y

dorado, con mi rostro delicado, atraía a hombres que ocultaban sus gustos sexuales pero entregaban sus pasiones a muchachos como yo en un riguroso secreto. Ya con veinte años me enamoré por primera vez, soñé con un hogar, lo esperé y anhelé. Él dijo que me regalaría lo más bello de su ser, su corazón. Por desgracia mía, el maricón estaba casado. Nunca lo habría imaginado, pues sus caricias eran como miel y mi cuerpo se dejaba untar de él. Mi vida continuaba, las olas se balanceaban sobre mí, venían, se iban y nunca volvían.

Ya con veinte años, en una tarde de garúa, paseaba por Jirón de la Unión, a la espera de nada, pues nada me importaba y, a pesar del agua que caía sobre mí, sentí un calorcito que me llegó hasta el ombligo. Giré la cabeza y ahí estaba él, el único hombre que amé. Vestía de blanco como los ángeles, yo iba de negro por mi luto eterno, pues la vestimenta oscura me apasionaba y excitaba. Ya con solo verlo, el orgasmo se apoderaba de mí. No hubo palabras, nuestras miradas ya se hablaban y con un solo roce de mi lengua en mis labios él se lanzó sobre mí y ese beso fue como volverlo a tener muy dentro de mi ser. "Al carajo todo", me dije, y no le pedí explicaciones. Lo llevé a mi habitación alquilada y nos amamos sin respirar. Nuestros órganos ya se entendían, dejándose dirigir por lo más puro de nuestros corazones. Siete días duró el eclipse total de amor. La Puna y los Andes me prometió, pero al final me trató como a una puta, dejándome un regalito, grave infección que con mi vida termina en donde estoy ahora. Rodeado de madera he quedado. Irónica es la vida: uno mata al árbol y, al final, en la tierra o en cenizas con él terminas tu vida, adornada con abruptas y rugosas nubes blancas como el algodón del pacay que envuelve su pepa negra e inerte. Aquí estoy ahora, aguardando lo esperado en medio del sombrío de mis ojos y esta pena tan honda que me quiere envolver, pues la luz no llega. Será que otra vez lo inesperado ha ganado.

Cuarto Premio

CEPA José Luis Sampedro

VEINTE MINUTOS, VEINTE AÑOS

Autor: Emilio Sánchez López



Espero la llamada de mi madre, como suelo hacer a diario mientras juego con mi hijo en el jardín. ¡Qué larga la espera cuando uno está impaciente! Nos disponemos a cenar y suena el teléfono. Pilar contesta:
—¡Hola Mari, buenas noches! Estábamos esperando tu llamada, que ya nos íbamos a dormir, que va siendo muy tarde para el pequeño.
Entre lágrimas, contesta Mari, susurrando en bajito:
—¡Por favor, Pili, venir a por mí! Ya he recibido otra paliza, avisa a mi hijo Unai, que no aguento más.
—Dime, mamá, ¿qué sucede?, ¿ya estás igual como siempre? ¡No me creo nada, mamá, siempre estás igual!
—Esta vez es cierto, ¡créeme, por favor, hijo! Ya no quiero estar con Juanjo.
—Mamá, se acabó ya de tonterías, dejar de discutir y pelear, que siempre estás igual, yo me voy a dormir. Tú acuéstate, mamá, y pasa de él.
—Al final me convences, hijo, como siempre.
—No, mamá, es que esta situación es siempre la misma, y ya no sé si es verdad o mentira, así que duérmete ya y pasa de él.
Por fin, se decide a colgar. La verdad es que me estaba poniendo muy nervioso, en duda de si era cierto o era como siempre, una simple discusión. No obstante, lo comenté con Pili, que me daba la coronada de que esta vez sí era cierto.
Me acosté muy preocupado, no me olía nada bien, pero en el silencio de la noche, ya tumbado en la cama, acurrucado con mi pareja, me dormí. En la mañana siguiente, como siempre, llevo a mi hijo a la guardería, vuelvo y me preparo para irme a trabajar. Pili ya se ha marchado hace varias horas y estaba solo, por lo que decidí llamar a mi madre

a ver cómo había pasado la noche. Llamé una y otra vez, así como cinco veces, sin éxito.

La verdad es que volví a no darle mucha importancia por los antecedentes que ya tenían.

Ya decidí salir para el trabajo y todo transcurre con normalidad. Llega Pili después de un día muy intenso. La pobre siempre viene a buscarme para que llegue antes y no me canse tanto. ¡Cuánto se lo agradezco! Llegamos a casa, comemos y decido echarme la siesta. Entre sueños, a eso de las seis de la tarde, recibimos una llamada que, a la primera, al estar yo durmiendo y al estar Pili duchándose, no contestamos. Poco después, a los cinco minutos, volvió a sonar el teléfono con mucha insistencia.

—¡Hola, buenas tardes!, ¿quién es? —preguntó Pili.

Cuarto Premio

CEPA La Albufera

LA LLAMADA

Autora: María Esther Rosado Esteban



El agua caliente de la ducha caía incesante sobre su cuerpo. Cada gota acariciaba su piel dolorida como si fueran plumas de un ángel. Elena, con los ojos cerrados, se rendía bajo aquella lluvia tranquilizadora y conseguía por unos momentos llenarse de paz.

El sonido del agua cayendo en la ducha resonaba en su cabeza como música y durante ese momento mágico en el que se sumergía, no podía dejar de recordar la última noche que pasó con su marido. Anhelaba volver a sentir el calor de sus brazos, el olor de su cuerpo entre las sábanas calientes, la robustez de sus músculos. Recordaba cómo la besaba y cómo su cuerpo se estremecía entregándose a su hombre, que la sujetaba fuertemente contra él robándole el suspiro. Y empezó a llorar mientras el agua seguía cayendo; quizás nunca más pudiera volver a sentir el deseo, la pasión, el desenfreno... por eso se aferraba a aquel recuerdo sin dejarlo escapar y consentía que el agua le acariciase cada poro de su piel.

Embriagada todavía por aquel mar de sensaciones, cerró el grifo, y cuando abrió la mampara de la ducha para secarse, se vio reflejada en el espejo del baño y de nuevo volvió a sorprenderse. Todavía no se acostumbraba a verse así. En tan solo un mes parecía otra persona: tenía los brazos más delgados, se le notaban las costillas y su vientre era liso como el de una adolescente.

Se observaba con la mirada perdida en el espejo mientras se secaba. Por un momento dejó caer la toalla y se acarició el pecho con ternura, ahora lo tenía más pequeño y bonito y eso le gustaba. En realidad, a pesar de su delgadez, se veía hermosa; sin embargo, añoraba su melena.

De pronto la puerta de la habitación se abrió y Elena se asustó. Se puso el pijama rápidamente y

entonces escuchó a la enfermera. “¡Ya es la hora otra vez!”, pensó. Salió del baño. El sol inundaba la habitación y en aquel resplandor vio a la enfermera con una enorme sonrisa que le preguntó: “¿Estás lista?”. Elena la miró a los ojos y con la cabeza asintió.

Se tumbó en la cama, se descubrió el pecho y la enfermera puso la vía en el catéter. La bomba de la máquina empezó a sonar y Elena cerró los ojos abandonándose al destino. Mientras la quimioterapia pasaba a su cuerpo, recordó de nuevo el día en que empezó todo, aquel martes de otoño cuando sonó el teléfono de su casa.

En los cuatro pasos que dio para contestar se paró el ritmo de su vida: alguien, al otro lado del teléfono, le dijo: “Tienes leucemia...”. Y a Elena se le enmudeció el alma. Le parecía un siglo el mes que llevaba encerrada en aquella pulcra y blanca habitación, pero no se le olvidaba que salió corriendo al hospital y, sin darse cuenta, dejó la cama sin hacer, el polvo sin limpiar y los cacharros sin fregar.

Cuarto Premio

CEPA Las Rozas

MIEDO

Autor: Génesis V. Puma Pilaloa



Miedo, miedo del silencio, miedo de la oscuridad, miedo de la soledad, era lo que se me pasaba por la cabeza cada vez que veía partir a mi madre de mi lado. Con un tierno beso las luces se apagaban, y la noche eterna aparecía con un semblante aterrador. El armario donde siempre jugaba parecía una cueva donde todo el mal se escondía, el jersey que llevaba aquella tarde parecía que tenía vida propia. Los muñecos que apreciaba tanto, deformaban sus caras de repente. El árbol que se encontraba al lado de mi ventana parecía querer tocarme, proyectando aquella extraña sombra de grandes manos que parecían venir hacia mí.

Taparme de pies a cabeza pensaba que sería un gran refugio de aquellas cosas que me acechaban. Tapando con una mano mi boca y con la otra agarrando la manta sobre mi cabeza, sentí algo deslizarse por encima y un peso por mis pies que hizo que todo mi cuerpo se tensara.

Me brotaron las lágrimas al pensar en que no podía gritar por el miedo. Al sentir aquel peso acercarse más a la parte superior de mi cuerpo, empecé a temblar. Al sentirlo por los hombros empecé a llorar desconsoladamente, tenía tanto miedo.

Aquella cosa que me acechaba, de repente bajó de la cama y la puerta de la habitación se abrió. Vi una pequeña criatura que no sabría muy bien cómo definir, la describiré, era pequeño, lo justo para llegar al pomo de la puerta de puntillas. Era gordito, llevaba unos pantalones que apenas podía abrochar. Vi su cara a duras penas porque intenté que no me viera, su cara era como de un anciano, llena de arrugas y una barba de color blanco al igual que su pelo.

No podía entender qué hacía ese ser así de extraño en mi habitación. Tenía que avisar a mi madre pero el miedo me paralizaba. De repente, vi como ese

ser extraño salía de la habitación y huyó por el pasillo. La puerta de al lado se abrió, era mi madre, había escuchado la puerta de mi habitación abrirse y al verme despierto se sorprendió, y más porque vio mis lágrimas y mi desesperación.

Apenas podía explicarle lo que había visto. Ella me miraba con cara de incredulidad y pensó que había tenido una pesadilla y no me hizo mucho caso. Pasó el tiempo y todos pensaron que había sido una pesadilla más, yo sé que no.

A día de hoy, con dieciocho años, después de casi una década, sigo buscando una explicación a aquel ser tan extraño. Alguna vez se ha colado en mis sueños, y recuerdo esa cara como si cada noche me viniera a visitar. Cada mañana, al despertar, intento buscar una pista o rastro de que él estuvo en mi habitación.

Sé que en algún despiste, daré con él.

Cuarto Premio

CEPA Mario Vargas Llosa

LUCKY

Autora: Fabiana Andreina D'Amico Monascal



Lo supe; por fin viernes. Podría pasar más tiempo junto a ti. “¿Vamos a dar una vuelta?”, —te pregunté. Y, como ocurría casi siempre, tú no me contestaste. Pero te quería tanto que te justifiqué, como te justificaba cada vez que me gritabas o me ignorabas. Porque te quería, siempre te quise fielmente. Estaba segura de que estábamos hechos el uno para el otro y no me cansaba de repetírtelo. Aunque nunca parecieras entenderlo.

Nos subimos en el coche e iniciamos la marcha. Pusiste la radio en silencio, sin dirigirme una sola palabra. De fondo sonaba Nirvana, ¡cómo no saberlo! Te gustaba escucharlos y cantarlos sin parar. Entonces, arrullada por las canciones, me fui adentrando en un sueño profundo. Fue en ese momento en el que mi vida cambió: las puertas se abrieron de pronto y sentí, aún medio dormida, que algo me empujaba fuera con tanta fuerza que caí en el asfalto y rodé. “¡Qué mala pesadilla!”, —pensé. Cuando me levanté, todavía estaba desorientada y el sol cegaba mis ojos. La confusión me paralizaba y fui incapaz de reaccionar. No sé cuánto tiempo estuve quieta, esperando, temerosa de abrir los ojos y no encontrarte. No estabas a mi lado. No estabas a mi lado. No estabas ahí, me dije. Y empecé a correr. Corré, corrí buscándote, la desesperación haciéndose un nudo en mi garganta. Dónde estarías, qué te había pasado, ¿estabas bien? No sé cuántos kilómetros recorrió. Los minutos fueron horas hasta que la noche empezó a caer. El frío, el hambre y el

cansancio me invadieron y seguía sin verte, sin olerte, sin sentir la certidumbre de tu presencia. Pero seguí caminando, sin apenas reparar en qué estado me encontraba. Debía estar magullada, quizás sangraba, puesto que la gente que se me cruzaba se apartaba a mi paso. Pero yo sólo me preguntaba por ti. En algún momento, una chica se me acercó despacito. Yo temblaba, aterrorizada y derrotada, ¿llegué a gruñirle? Ella no paraba de repetirme que no me haría daño, que todo iría bien. Acercó una mano suave hasta mi cabeza... “Calma, calma”. Mis heridas me dolían y las fuerzas me abandonaban: volví a cerrar los ojos. Pensé que me llevaría a casa, pero el sitio en el que me desperté era frío y pestoso. Una oleada de pánico me invadió y pataleé, grité, mordí. Me cogieron entre varios y sentí un pinchazo. Mientras me dormía sólo escuché: “Pobrecita, la han abandonado”. Cuando volví en mí, ella estaba a mi lado. La chica que paró, que me recogió de la calle y, como supe más tarde, me salvó. Desde entonces no se ha separado de mi lado. Tengo nuevo nombre, ahora soy Lucky. Ahora sé lo que es el amor verdadero. Mi nueva humana me escucha, me contesta, me acaricia. Me da de comer y juega conmigo todos los días. Y, a veces, se hace la tonta cuando me cuelo en su cama por las noches para dormir al abrigo de su cuerpo.

Cuarto Premio

CEPA Moncloa

UNA TARDE SIN MÁS

Autora: Patricia Vaquerizo Díaz (Patito)

Eran las seis de la tarde de un día normal, aparentemente sin sorpresas. Hacía buen tiempo; una tarde de invierno en la que puedes salir a pasear. Y así estaba yo, paseando, sola, como últimamente me encontraba siempre.

¡Sola!

Esta vez me había autoengaño con la idea de que necesitaba salir a comprar una maceta para un cactus que adornaba mi mesita de noche desde hacía dos años. No podía más. Necesitaba dar un giro a mi vida. ¿Acaso el siguiente autoengaño iba a ser adoptar un gato? ¿Y luego otro? ¿Y ser así la loca de los gatos del vecindario?

Entré en mi cafetería preferida, en una céntrica calle de Madrid, donde todo estaba cuidado al detalle; cada vaso, cada planta, cada lugar, contaban una historia.

Me gustaba, simplemente, imaginarme encuentros diferentes con variados personajes y vivir sus vidas, aunque fuese fugazmente. Ahí era dónde experimentaba mis mejores momentos. ¡Oh, Dios mío! ¿Tan vacía estaba mi vida? Sí. Era, en potencia, la señora de los gatos.

Mientras estaba sentada, absorta en estos pensamientos, mirando a la nada, con el café entre mis manos, a mi lado estaban sucediendo una serie de acontecimientos de los cuales parecía ser la protagonista sin querer yo nada de esto.

Con la silla había pisado el abrigo del hombre sentado detrás de mí. Eso había desencadenado el resbalón de una camarera y, ésta, a su vez, volcaba la bandeja sobre el hombre más raro que había visto en mi vida. El individuo me miró fijamente mientras un bol de avena empapaba su flequillo y la leche le caía por las comisuras de los labios.

Todos se quedaron mirándome, pero mi atención estaba fijada en él. Iba vestido con un “look” actual, pero diferente. Algo no cuadraba del todo y no podría explicar qué era; demasiado estudiado y perfecto a la vez. En ese mismo instante, aparté la mirada pues no quería parecer grosera y menos sabiendo que era yo la culpable.

Automáticamente, sin sentirlo, el hombre estaba sentado a mi lado. Apenas había hecho ruido al mover la silla,

fue casi como una aparición. Me quedé quieta, mirándole. ¿Qué estaba pensando? ¿Sabía que, en cierta forma, era mi culpa? ¡Por supuesto!

Me miró durante unos dos minutos, que me parecieron tres horas, con su mirada fija en mis pupilas, penetrante, pero clara, cálida y limpia a la vez.

Inesperadamente, abrió la boca, sonrió y me preguntó mi nombre. Su voz sonaba como enlatada, como si tuviera autotune. ¿Cómo podía ser? Le dije mi nombre y me preguntó si me sentía orgullosa de mi actuación y de no haber dicho nada al respecto, de ni siquiera pedirle perdón, o, si me sentía bien al quedarme inerte mientras la vida pasaba y yo no hacía nada, ni bueno ni malo; si acaso estaba contenta conformándome con venir a este café e imaginarme la vida de los demás en vez de empezar a creer en mí, en mi propia existencia. Él continúo hablando, pero... ¡Eh! ¿Cómo sabía todo eso? ¿Era mi conciencia? ¿Sólo lo veía yo? ¿Por eso parecía que hablaba con Dolby Souround? Lo que estaba claro es que yo no podía responder. Me quedé atónita y muda. De su boca salió una pregunta. ¿Estarías dispuesta a hacer las cosas de otra manera si supieras las consecuencias? No entendía nada. La leche del café debía de estar caducada. Miré a mi alrededor, pero nadie parecía fijarse en mí. Le miré de nuevo y me repitió la pregunta. Era un aviso. Estaba sumergida en un bucle y él había venido a rebobinarme. Le contesté que sí, que estaba muy dispuesta, pero, antes de que acabara la frase, estaba sola, como al principio, con el café en la mano.

Sin embargo, aunque él ya no estuviera por ningún lado, mi silla seguía pisando el abrigo del chico de detrás. Fue entonces cuando me giré, moví mi silla y le pedí disculpas. No entendía muy bien si era un sueño, un “dejavú” o si, en efecto, estaba loca, más loca de lo que creía.

Extrañamente sentí unas ganas inmensas de cambiar mi día a día. Pagué el café, sonréí al chico sentado detrás de mí y pensé, ¡pues es guapo! Así que le dejé mi número de teléfono en una servilleta y salí feliz, con mi nueva forma de verme a mí misma. No más vidas ajenas. Mi propia vida estaba llena de historias que imaginar.

Cuarto Premio

CEPA Oporto

REGRESIÓN

Autora: Irene Monfil Buzón



Me desperté con la mente vacía de recuerdos, habiéndolo olvidado todo y bajo la sombra de uno de los pocos robles de alrededor. Lentamente me incorporé, con el cuerpo anquilosado y dolorido, y comencé a deambular por el paraje seco y desconocido para mí, con la intención de llegar a la ciudad que podía distinguir no muy lejos. Según fui acercándome, la afluencia de gente era cada vez mayor. Se apelotonaban en las calles chocando unos con otros a paso rápido, ignorando todo cuanto les rodeaba, mientras yo, simplemente, sentía que no encajaba en aquel lugar olvidado. La situación me empezaba a desconcertar y, en cuanto pude, me aparté de la multitud para dirigirme a un pequeño parque.

Allí intenté relajarme, buscar entre mis recuerdos algún rostro, un nombre, un momento... lo que fuese, y así me mantuve mientras vagaba sumergido en mis pensamientos y desalentándome a cada minuto que pasaba. Hasta que, en dirección opuesta, un chico, que como una sombra me sorprendió al pasar junto a mí, me hizo fijar de repente toda mi atención en él. No sé qué había ocurrido pero, al cruzarnos, pude sentir algo... la sensación de que ya lo conocía. Aquello me había paralizado y, cuando me volví hacia atrás, sin dudarlo me aproximé hacia él, que caminaba cabizbajo. Le pregunté si, por casualidad, nos conocíamos, a lo que el muchacho respondió negativamente con un gesto apático, sin tan siquiera mirarme. De nuevo, la desilusión y la frustración llenaron mi corazón, y aun con la fría respuesta que obtuve del joven, cada vez estaba más seguro de conocerlo, y un irrefrenable instinto me llevó a seguirle desde lejos.

Sus pasos me condujeron hasta una plaza donde se plantó frente a una floristería y, acto seguido, entró. Yo permanecí fuera, ojeando las flores que se encontraban en el exterior, intentando disimular. No se demoró demasiado y, cuando salió, estaba tan cerca de mí que noté cómo se aceleraba mi corazón y mi respiración se agitaba. En ese momento solo deseé que se marchara por miedo a parecer un acosador.

Al retomar el camino, observé que portaba un bonito ramo de flores compuesto por lirios blancos. “¿Serán para su novia?” pensé, y eso me desencadenó un sinfín de preguntas que me hicieron sentirme mal por inmiscuirme tanto en los asuntos de un desconocido. Me detuve, confundido y avergonzado, y, mientras lo veía alejarse,

sentí que algo de mí se iba con él.

Me giré, dispuesto a desandar todo lo que había avanzado espiando al misterioso muchacho, y entonces noté algo en uno de mis bolsillos. Lo saqué y resultó ser un antiguo MP3. La misma sensación volvió a abordarme. “Es de él” me dije sin pensar, únicamente lo sabía. Miré rápidamente hacia atrás, esperando verle, pero ya no estaba. Rápidamente, bajé la calle, dobré una esquina y llegué hasta una avenida sin mucha gente. Y ahí estaba, atravesando un imponente arco de piedra.

Aliviado, pasé por el arco también, después de dejar un margen considerable entre nosotros y, una vez allí, reparé en un cartel en el que se grababan las letras “Cementerio”. Mi cuerpo se estremeció ligeramente antes de seguir y, más adelante, observé cómo el chico se paraba frente a una tumba de brillante mármol. Durante un instante quedó inmóvil, atreviéndose solo a rozar los pétalos blancos de los lirios.

Pero, de repente, un grupo de chicos apareció alterando el silencio. Uno de ellos empujó al muchacho entre las risas de los demás, haciendo que cayese contra la lápida, y fue animando a los demás a seguir golpeándolo. Ante aquella situación me sentí inútil por no tener el valor de ayudarle, miré a todos lados buscando a alguien que pudiera ayudar. Pero los cementerios suelen estar vacíos de gente viva. Mientras observaba horrorizado cómo aquellos delincuentes se ensañaban con el pobre muchacho, percibí el reflejo metálico de algo clavarse en su cuerpo, justo después de que saliesen huyendo. Corré a socorrerle y comprobé con espanto la mortal herida que le habían provocado esos tipos. Le pedí que siguiese vivo, mientras las lágrimas resbalaban por mis mejillas y apretaba con fuerza el MP3 guardado en el bolsillo, pero sus ojos se habían cerrado y comprendí que ya no seguía conmigo. Sin embargo, pocos minutos después oí mi nombre salir de sus labios: “David”. En ese instante, recordé todo, a todos, a él... aquella noche. El joven, Michael, me miraba estupefacto, ahora llorando él y, entonces, miré la lápida donde mi nombre aparecía tallado en el mármol. “Estoy muerto” pensaba, y, entretanto, Michael se levantó y me tendió la mano, la tomé y me erguí junto a él.

- Está bien, ya está todo bien – dijo sonriéndome dulcemente.

Cuarto Premio

CEPA Orcasitas

MUJERES (WARMIKUNA)

Autora: Yolanda Lanazca Villegas



María era una niña robusta de grandes ojos y cabellos negros. Su tez era trigueña y sus manos fuertes, forjadas por el trabajo en el campo y los quehaceres de la casa. Su mundo giraba en torno a su pequeña hermana Sabina de ocho años y su madre. Las tres habían formado un hogar en una humilde casita de adobe y techo a dos aguas en un pintoresco pueblo de la sierra del país andino, Perú.

La infancia de María transcurría apacible dentro de la comunidad de campesinos del pueblo donde todos se conocían y se saludaban por las mañanas al coincidir en las tiendas de abasto. Se podría decir que María había creado su propio mundo feliz junto a su madre y a su pequeña hermana Sabina a pesar de las carencias económicas y afectivas por la ausencia de aquel padre que un día las había abandonado.

Su madre era una mujer andina, llevaba la vestimenta típica de aquella región; grandes faldas, blusa bordada a mano, sombrero que iba acompañado de unas largas trenzas. Sin duda era una buena madre. Salía muy temprano a buscar sustento para sus pequeñas hijas. Vendía artesanías en la plaza del pueblo, vendía dulces, era temporera en tiempo de cosecha de patata, etc. Mientras tanto, María y Sabina se quedaban en casa mientras su madre salía a trabajar. Muchas veces insistían en seguir a su madre y lo conseguían, pero tenían que quedarse en casa a dar de comer a los animales que tenían y que les abastecían de huevos y carne. Tenían cuys (cobayas) y gallinas.

María y Sabina habían creado un vínculo muy fuerte, no solo por ser hermanas. Se cuidaban la una a la otra. No iban a la escuela aún. Habían aprendido tan pequeñas a cuidar de la casa, de sus animales y a hacer ollitas de barro porque nunca habían podido comprarse un juguete.

María y Sabina salían por las tardes a la puerta de su casa a ver pasar a la gente y a aguardar el regreso de su madre, quien siempre traía algo para ellas, muchas veces maíz, queso o pan en forma de niño (wawa) que en quechua es como llaman los campesinos a ese pan tradicional.

Cierta día, la madre de María recibió un mensaje de la

ciudad. Era su hermana que estaba muy enferma y llevaba muchos años sin saber nada de ella. Quería tener un acercamiento y pedirle perdón por algunas diferencias del pasado.

La madre de María, tras meditarlo, tomó la decisión de viajar a la ciudad a ver a su hermana, llevarse con ella a la más pequeña de sus hijas y dejar a María a cargo de unos vecinos del pueblo hasta su regreso. Era un viaje de más de 406 km, no había transporte en buenas condiciones y, por lo tanto, tuvieron que viajar junto a otras personas en un camión que transportaba mercancía a la ciudad.

La madre de María partió junto a Sabina, su pequeña hija, a la ciudad, cuando aún no aclaraba el día. Aquella oscuridad parecía presagiar algo malo.

Llevaban unas horas viajando cuando el camión volcó en un arenal cerca del mar. Se oyó un estruendo y, al rato, personas sollozando intentando salir. Entre el tumulto se oía a la madre de María llamando a su hija: "¡Sabina!". Lamentablemente, al volcar el camión se le había escapado de las manos.

En cuestión de segundos María había perdido a su hermana, su compañera de vida, de juegos y de riñas, a veces. Ahora toda su vida era una incertidumbre. Le quedaba su madre que debido al accidente había quedado con secuelas en una de sus piernas y tuvo que usar bastón toda su vida.

De toda esta situación traumática y triste, nació una mujer fuerte que tuvo que construir su resiliencia. Tuvo que emigrar con su madre a la ciudad para poder buscar trabajo con apenas diez años ya que su madre ya nunca pudo trabajar igual.

María y su madre dejaron atrás aquella vida en el pueblo donde fueron felices, donde construyeron tantos recuerdos junto a Sabina, su hermanita, que siempre permanecería en sus recuerdos. Ambas tenían que continuar, porque, al fin y al cabo, seguían vivas. María demostró su resiliencia toda su vida.

Cuarto Premio

CEPA Pan Bendito

LA PRISIÓN

Autor: Rodrigo Berrocal Gallego



¿Qué sentirías tú si al abrir los ojos estás en un lugar totalmente a oscuras y completamente desconocido para ti?

¿Sentirías miedo?, ¿ansiedad tal vez?, ¿inquietud? , es todo oscuro. La oscuridad puede ser aterradora, puede ser que no vuelvas a ver la luz o que te pase algo estando en ella.

Ahora, ¿cómo te sentirías si estuvieses en el lugar antes mencionado, sentado sin poder moverte lo mas mínimo? No es que estés atado. La peor sensación de una persona es sentirse acorralado y no poder hacer nada, tus músculos no responden, notas como el corazón quiere salir de tu pecho, la falta de aire y el sentimiento de asfixie de tus pulmones.

Puede que te estés haciendo preguntas, como por ejemplo ¿por qué esta persona tan loca me está contando todo esto, y por qué todas estas preguntas?

Pregúntaselo a las dos "personas" que te acompañan, no las busques, no las encontrarás. Ya lo intenté y se ocultan muy bien en la oscuridad en la que estás sumergido.

Deduzco que son personas por que puedo oír sus voces y algo gracioso es que tienen opiniones contradictorias hacia ti. Si para uno eres una persona guapa , para la otra eres fea, si uno piensa que eres agradable, la otra quiere matarte. Es divertido escucharles y en fin, si te has fijado bien, son un chico y una chica. ¿Curioso, verdad?

Siguen hablando de ti, a él le caes bien y a ella como ya sabrás, te odia y quiere, bueno, no te lo diré, dejaré que lo descubras tu mismo.

Vaya, vuelven a discutir. Ella está muy cabreada con él y el simplemente está callado, escuchando por dónde va a empezar a cortar tu carne. qué hará con tus huesos, que si tu piel tal, que si tus ojos cual, ya me entiendes ¿verdad?

Vaya, acabo de notar otra presencia. Es raro, no

suele aparecer a estas horas. Esto es muy malo , oh perdona se me olvido preguntar: ¿Qué tal te fue el día?, ¿bien?, esperemos por que éste, dependiendo de lo que ocurra a continuación , puede ser el último, pero no te desvelaré nada. La discusión va mal y parece que no va a terminar nada bien para ti, lo siento, no sé cómo has acabado aquí, pero de ésta no sales .

¿Yo? No, yo no puedo hacer nada, no controlo esto, solo soy el que te explica lo qué está pasando . Espera un momento, ya ha pasado todo, se han ido todos, hoy es tu día de suerte.

No sabía lo que podía pasar. Has tenido mucha suerte, cada día pasan cosas distintas y ya he visto tantas cosas en lo que llevo encerrado aquí. Menos mal que tú ya te vas. Esto es un experimento, o eso creo. Por cierto, no me he presentado.

Soy Alex y soy esquizofrénico, ¿cómo te has sentido? ¿sí?. Así me siento yo todos y cada uno de los días de mi vida. Supongo que este desenlace habrá sido inesperado .

Por cierto , ha sido un placer , y volverás pronto, lo dicen ellos.

Por cierto, recuerda, no hay nada más inesperado que la mente humana.

Cuarto Premio

CEPA Paracuellos del Jarama

LA DECISIÓN

Autora: Montserrat Millán Sánchez



Antes de empezar a contar la locura en la que me encuentro es importante presentarme y poneros en situación. Me llamo Patricia y tengo 31 años, estoy embarazada de cinco meses. Mi marido, Joel, es un empresario de éxito que ahora mismo se encuentra de viaje de negocios, se podría decir que somos la pareja perfecta. Vista la actualidad parece que he tenido una vida ideal, pero no es así, perdí a mi hermana gemela, Laura, hace ahora 17 años. Seguro que habéis oído hablar de esa conexión entre gemelos, pues es cierta, Laura me completaba y algo de mí se fue cuando un borracho se la llevó por delante mientras cruzaba un paso de peatones al ir a clase. Ese día yo no iba con ella porque estaba enferma y recuerdo el mal presentimiento que se instauró en mí justo cuando pasó todo, lo sentí.

Dicen que el tiempo lo cura todo y aunque no es cierto sí que es verdad que la vida avanza y el dolor va menguando pese a que nunca olvides. Mis padres y yo nos cambiamos de ciudad y me llevaron a terapia, allí conocí a Joel, él había perdido a su padre y al igual que yo iba allí a desahogarse. En seguida nos enamoramos, yo tenía 22 años, él tenía 26 y acababa de hacerse cargo de la gran empresa de su padre. Encajamos a la perfección y desde entonces hemos estado el uno para el otro. Hechas las presentaciones, voy a contáros la situación sucedida esta noche.

Me disponía a tomar algo de cena y a dormir, bueno, a intentarlo, el embarazo empezaba a ser una tortura a la hora de descansar. Cuando por fin parecía que había caído completamente en los brazos de Morfeo una voz me despertó.

- Hola Patricia, no te asuste porque estoy aquí para darle una oportunidad y debe escuchar con atención.
- ¿Quién eres tú y qué haces en mi casa? ¿Esto es un sueño?
- No, no lo es, soy Darius y vengo del futuro a hacerte una proposición, pero debes escucharme con atención y sin interrumpir, cuando acabe podrás hacerme las preguntas que creas conveniente...

- ¿Pero qué dices, colgado? ¡Fuera de mi casa!
- Sé que es difícil de entender pero no me interrumpe y preste atención. La gente como yo tenemos el poder de controlar el tiempo y los sucesos que nos rodean, al menos hasta cierto punto. Y vengo al ofrecerte algo, en su mano queda

CEPA Paracuellos de Jarama - Autora: Montserrat Millán Sánchez - Nivel II Daganzo
aceptar o no. Puedo llevarte al día exacto en que murió Laura, puedo hacer que todo aquello no pase y que empiecen

juntas su vida desde aquel momento.

Hice un gesto para preguntar pero el extraño hombre me hizo callar.

- Espere, déjeme adivinar y responder sus preguntas: 1) no, la muerte no perseguirá a su hermana hasta que se cumpla, la saga de "Destino Final" ha hecho mucho daño a mi oficio y 2) no, no morirá otra persona en su lugar.

- No, solo iba a decirte si querías algo de beber.

- Ah, muy amable. No, gracias, nosotros no bebemos.

- ¡Ay, por Dios, qué era ironía! Claro que eran mis preguntas, esas y otras 200 que se me vienen a la cabeza, pero esto tiene que ser una broma.

Entonces ocurrió algo que me dejó aún más alucinada, el techo se convirtió en una pantalla de cine dividida, en una parte me veía a mí misma con mi hermana en la Universidad viviendo juntas, y en otra me veía con Joel y mi hija en brazos.

- Patricia, esto es lo que tiene que decidir, si pulsa el botón verde mañana despertará en la actualidad, llegará su marido y todo transcurrirá con normalidad, tendrá su vida con su pequeña y Joel. Si pulsa el botón rojo regresará al día en que falleció Laura, su hermana vivirá y juntas reescibirán su historia.

- Pero, ¿y Joel? ¿Le conoceré?

- La línea temporal será distinta, por lo que es imposible saber si sus caminos se cruzarán. ¡Ah! y un par de detalles, no podrá mencionar a nadie lo ocurrido esta noche y tome la decisión que tome sabrá que esto ha sucedido. Es decir, si elige salvar a su hermana recordará a Joel y su vida anterior. Si escoge seguir con la línea actual, sabrá que esta noche ha pasado y que decidió seguir adelante con todo lo que eso significa.

- ¡Pero eso es una chapuza! ¿Cómo voy a vivir sabiendo que no salvé a mi hermana o que elegí perder a Joel y a mi hija?

- Lo sé, estamos trabajando en ello.

- Mucha confianza no da...

- Pues téngala y tome una decisión, que está amaneciendo y debo irme, así que ahora piense qué quiere ¿Seguir como está con Joel y esperando a su pequeña, o volver atrás con lo inesperado por delante pero con Laura a su lado?

Le miré fijamente aún sin entender nada pero sabiendo que decía la verdad, tenía que decidir y tenía que hacerlo ya, aunque lo cierto es que desde el primer momento tuve claro qué hacer, así que presioné el botón sin dudar.

Cuarto Premio

CEPA Pedro Martínez Gavito

DE PRONTO SUCEDIÓ *Autor: Jesús Vitoria Hernández*



Todo era confuso en la mente de Teresa, se agolpaban las imágenes y pensamientos de su niñez, sin conseguir poner en orden el caótico recuerdo de sus años infantiles vividos en San Lorenzo de El Escorial.

Ahora a sus ochenta años, pelo canoso, manos temblorosas, ojos tristes y mirada apagada por el paso de los años, sentada en su jardín, trataba de visionar la película de su vida, al saber que la enfermedad que le aquejaba, más pronto que tarde, pondría fin a sus días. Su cuerpo ocultaba horribles cicatrices, en piernas y espalda.

Todo a su alrededor era dulzura, atenciones y vivencias de momentos gratos rodeada de los suyos. Juan, su esposo, un poco mayor que ella, con quien llevaba casada sesenta años, dedicado a hacer de su matrimonio una continua luna de miel. Sus hijos, Luis y María, con sus respectivos cónyuges, conocedores del sino fatal que se cernía, y especialmente sus nietos, cinco en total, con edades comprendidas entre los catorce y cuatro años, la hacían renovar y acrecentar sus ganas de vivir. Sin embargo... cuando cesaba el bullicio de las voces y risas, aparecía en su mente, la negrura de unos años infantiles que dejaba sin completar el puzzle de su vida. Recordaba su llegada al Real Sitio a la edad de seis años, con motivo del traslado de su padre, maestro de escuela, al colegio de párvulos de la localidad, donde ella comenzó los primeros estudios; como, a sus veinte años, conoció a Juan en una de las distintas fiestas populares que se celebraban en el pueblo, como vivieron un noviazgo sosegado y enamorado hasta contraer matrimonio y juntos, comenzar su convivencia llenos de ilusiones y proyectos. El nacimiento de sus hijos, sus bodas y la llegada de sus nietos, que llenaban desde hacía algunos años, muchos momentos de su vida y la hacían revivir pequeñas trastadas, sin poder participar activamente de sus juegos que con el paso del tiempo tanto habían cambiado y eran totalmente distintos a sus juegos de niña, sus muñecas, la comba, sus cocinitas. Sin embargo...

Sucedió una tarde de verano en la que se habían reunido para celebrar una fiesta familiar. Teresa, lucía un aspecto radiante junto a su esposo, se encontraban felices al tener la oportunidad de disfrutar de todos ellos, en su aniversario de bodas.

Reinaba la armonía, las voces y el correr de los más pequeños y la charla pausada de los mayores, cuando María apareció portando en sus manos una vieja caja de cartón con fotografías y recortes de periódicos. La había encontrado casualmente en el trastero de la casa cuando había ido a buscar una vieja máquina de escribir que

quería enseñar a su hija, para mostrarla, de manera anecdótica, su funcionamiento en comparación con los ordenadores que ellos manejaban. Se encontraba apilada en una de las estanterías y su curiosidad hizo que la abriera, encontrando en su interior el adormilado montón de papeles que, jubilosa, pretendía mostrar y compartir con los reunidos. De pronto sucedió... lo inesperado.

Al acercarse, una violenta sacudida interior se produjo en Teresa, su semblante alegre y feliz mutó la expresión, su rostro palideció de manera repentina y una sensación extraña fue el presentimiento de que el contenido de aquella caja ajada y enmohecida iba a significar un cambio en su vida. Sus manos temblorosas cogieron un amarillento sobre, en él apenas se intuía una única leyenda: "Susana". De su interior extrajo una de las fotografías, en blanco y negro, donde aparecían dos niñas gemelas, que, vistiendo preciosos y blancos trajes de comunión, se mostraban angelicales en un feliz día para ellas a sus siete años de edad. En los recortes de los periódicos aparecían estos titulares: "Terrible tragedia", "Dolor de un pueblo", "Muere una niña en el incendio de la vivienda familiar y otra resulta con graves quemaduras".

¡Oh Dios, Susana!... de sus tristes ojos, desérticos al haber agotado su caudal en interminables noches de insomnio, brotó una lágrima que lentamente discurrió por las arrugas de sus mejillas hasta perderse en su corazón. Y su mente recordó. Ahí estaba la pieza que faltaba en su laberíntico cerebro y que no había podido encajar por el drama acontecido. Había resurgido la luz, apartando el lado más oscuro de su vida, cuya película ya se proyectaba en su integridad sin la falta de ningún fotograma.

- Llevadme al cementerio -, dijo nerviosa. En la necrópolis se acercó a una pequeña sepultura marfileña, "La niña Susana..." no leyó más. Teresa recuperó la calma y su semblante reflejaba paz y sosiego. Besó la lápida y abandonaron el lugar. El regreso fue lento, silencioso, lleno de emociones y bellos recuerdos infantiles.

De nuevo en el jardín Teresa recibió el afecto y el cariño de todos sus seres queridos, a quienes obsequió con sus más delicados besos y sonrisas. Su rostro irradiaba belleza y sus llorosos ojos brillaban con la luz del atardecer.

Aquella misma noche Teresa, serena, marchó con Susana para la eternidad.

Cuarto Premio

CEPA Pozuelo

AMANECE

Autor: Jesús Lozano Rosado



Amanece

Las seis de la mañana, suena el despertador y como tantos amaneceres no sabía dónde estaba. Somnoliento me dirijo a la cafetera, me ducho y, mientras, oigo burbujejar el café. Como otros días, me siento a desayunar y me planteo buscar alguna solución a mi problema de sueño.... Llevaba tanto tiempo sin dormir bien que ya no recordaba la última vez que descansé.

Tampoco estaba preparado para lo que iba a ocurrir unas horas más tarde, no tenía ni idea de lo que me esperaba porque nadie está preparado para una sorpresa así, ni imaginarlo, aunque me lo hubiese propuesto.

Terminé de prepararme y me senté en el sillón orejero que tantos momentos de lectura agradable me proporcionaba y en el que me sentía protegido. Entonces lo vi: un sobre cerrado con una dirección manuscrita que antes no estaba. ¿Cómo era posible? Anoche, ya tarde, cuando cerré el libro, no había nada dentro de él.

No me atreví a cogerlo porque era un sobre de los que ella utilizaba y... ¡ella ya no estaba! Era realmente extraño encontrar, recordar su escritura de trazo delicado, como un susurro en el oído.

Inmediatamente fui a comprobar que todo estaba colocado en su sitio, tal y como ella lo dejó hacía cinco años, cuando su vida se fue de forma abrupta, perdiendo todo lo maravilloso de su ser, a ella, mi vida... Imposible saber cómo había llegado allí. Sus cartas, las cartas que con amor y dolor escribió para mí, estaban allí, en una caja a buen recaudo, en lo más profundo de mi corazón y a salvo del olvido junto a las rosas secas y marchitas que recogí cuando la entregué a la tierra.

Por fin me decidí, armado de valor, aunque temblando de miedo y emoción. ¡Tenía que abrirlo y descubrir su contenido, volver a saber de ella, aunque sabía que eso no podía ser! Con lágrimas

aflorando a mis ojos acerté a rasgarlo con delicadeza, deseoso de ver su hermosa letra, sutil y cuidada, su espíritu en cada palabra, en cada línea. Pero.... ¿cómo era posible? ¡Estaba vacío! ¡Qué broma pesada era esta! No entendía nada. ¿Por qué? La agonía me embargaba. ¡No podía ser que no hubiera nada! La oscuridad de la habitación me apresaba y quería gritar, pero el silencio me tragaba. Quería huir, no merecía aquello. Necesitaba que ella, otra vez, una vez más, hubiera escrito, dicho, estado, amado... Me sentía morir, sintiendo un desapego brutal por la vida, mi vida sin ella. Sonó el despertador, seguía vivo y, aún sobrecogido, solo sabía que era una mañana más en mi desesperación por encontrarme de nuevo con ella.

Cuarto Premio

CEPA Ramón y Cajal de Parla

LA MANSIÓN

Autora: Estrella López Pérez

Soy un hombre afortunado, he ganado en mi empresa un fin de semana en una mansión, una oportunidad para desconectar, pensé; ignorante de mí.

En la mansión había un conde, era bastante corpulento y con una altura extrema, Sus facciones sugerían cansancio y melancolía. Si bien parece que es un hombre que impone a primera vista, tengo que deciros a su favor que es bastante atento y simpático, aunque algo ausente. Solo le vi una vez para decirme que esta noche a las 23: 00 me invitaba a una copa en su biblioteca y así poder charlar un rato, una hora antes de la gran fiesta.

Quise agradecerle su invitación, pero al darme la vuelta él ya no estaba, dejando así un silencio ensordecedor; por muy raro que parezca solo estábamos él y yo en ese tenebroso lugar.

Salí fuera de la habitación, lo único que se veía eran unos largos pasillos alfombrados de color rojo sangre y unas paredes negras como el hollín; las ventanas estaban cerradas y la luz provenía de unos carteles de neón que colgaban de los altos techos.

De pronto, el repiqueteo de la campanilla de la puerta empezó a sonar anunciando la llegada de alguien, por fin no iba a estar solo. Bajé las escaleras de caracol tan rápido que pensé que las iba a bajar de golpe y cuando llegué a la puerta no podía creerlo, mi cuerpo se paralizó, mi frente empezó a mojarse como el rocío empapó la hierba de la mañana, mi corazón empezó a latir rápidamente pero miré a todos lados y allí, no había nadie.

Volví a mi habitación algo desanimado y a la vez mirando por todos los rincones, parecía como si alguien me observara, la sensación era bastante desagradable e inquietante; pensé en dormir un poco pero me fue imposible, algo había en esta mansión que me daba miedo.

Bajé al vestíbulo y cuál fue mi sorpresa cuando al levantar la vista observé unos pájaros negros que me miraban a la vez, cerré los ojos y cuando volví a abrirlas ya no miraban, ahora volaban todos en círculos y parecía que ya no existiera para ellos; pensé que lo mejor era salir al porche para que me diera el aire; esta sensación de soledad me estaba volviendo loco.

Estaba empezando a echar de menos a mi esposa y amistades, mañana era mi cumpleaños y no iba a poder estar con ellos debido a esta aventura que empezaba a creer que ya no era tan buena idea.

Salí al porche y sentí una sensación de alivio, respiré profundamente y al notar como la brisa me daba en la cara

deseé estar junto a los míos; ya quedaba poco para que todo esto terminase y todo quedaría en una gran historia para que pudiéramos reírnos de por vida; pero nadie podía imaginar LO INESPERADO.....

Levanté la mirada hacia el horizonte y observé unos parajes bastante desoladores. Las estatuas de arbustos estaban irreconocibles y sin darme cuenta clavé mi mirada en una de las estatuas bastante siniestra, no podía quitar la mirada de ella ya que los ojos empezaban a enrojecer sin explicación alguna y en un segundo..... un ojo se abrió dejando a la vista un círculo blanco y clavando su mirada en mí como una puñalada. Quise gritar, pero seguramente no me oiría nadie y el conde, que parecía rondar por su gran misión de noche, posiblemente estuviera durmiendo; bajé las escaleras del porche para dar un paseo, no quería entrar de nuevo en la mansión, me sentía muy nervioso, no llegaba a entender qué estaba sucediendo.

Después de largas horas en los alrededores me hice con fuerzas y regresé a la mansión para terminar esta gran aventura solitaria y algo confusa: Me puse mis mejores galas y fui a mi cita con el conde, pero allí no había nadie, la fiesta era a las 12:00 y todo estaba en silencio, parecía que la hicieran en otro lugar y no me hubieran avisado.

Recorrió los pasillos; de repente una extraña figura asomaba a lo lejos, me miraba fijamente pero no decía nada, sin darme cuenta se acercaba de manera inexplicable, parecía que flotara en el suelo, pronto descubrí que era una mujer desaliñada y bastante pálida, venía a por mí sin explicación alguna; corrí, corrí con todas mis fuerzas para que no pudiera alcanzarme, enfrente había una puerta grande, la única puerta. Pensé que era mi salvación y la abrí, sin ninguna lógica la mujer estaba frente a mí, mi corazón palpitaba a mil por hora, mis piernas no respondían y sin saber cómo, reaccioné de la manera más coherente que en ese momento pude reaccionar; sin más preámbulos cogí una espada que tenía cerca, la levanté con fuerza y en un momento de miedo y confusión decapité literalmente a la misteriosa mujer a la vez que todas mis amistades salían de sus escondites diciendo: ¡SORPRESAAAAA FELIZ CUMPLEAÑOS!

Todo quedó en silencio y allí estaba ella, mi esposa, yaciendo en el suelo...



Cuarto Premio

CEPA Rosalía de Castro de Leganés

¿QUIÉN SOY YO?

Autora: Mayte Alameda Escobar (Males)



Otro mañana más ese sonido que traspasa hasta la almohada que me he puesto sobre la cabeza, para esconderme de él. Pero no sirve de nada. Y resignada, sigo las órdenes que mi dicta sin usar palabras. Me incorporo y sentada en la cama intento abrir los ojos pero no lo consigo. Creo que es miércoles, no jueves, no no miércoles.

No lo sé, dudo. Da igual, todos los días son iguales. Cuando por fin logro abrir los ojos después de un proceso de aterrizaje hasta la realidad lento, comienza la rutina a actuar sobre mí a su voluntad. Sigo el camino invisiblemente marcado hacia la cocina. Cojo la misma taza de ayer, la blanca con rallas negras, la lleno de café, distinto pero es el mismo de todos los días. Y esas magdalenas, que la verdad no tengo claro que me terminen de gustar. Al acabar me preparo para ir al trabajo. Estoy cansada ya, y el día no ha hecho más que empezar. No sé si es agotamiento o...no sé. Todo listo, como todos los días: abrigo, llaves, móvil.

¿Móvil? ¿Dónde está el móvil?

Ah sí aquí, donde siempre. Ahora sí salgo de casa y bajo a la calle. Al asomar cojo aire para que la energía pueda entrar en mí y darmel fuerzas, pero no termina de hacer el recorrido hasta los pulmones. Se queda atrapado en la garganta que no lo permite pasar. En el trayecto hasta la parada del autobús veo las mismas caras de todos los días que esperan como yo en silencio. ¿Estarán cansados también? Llega el autobús con el mismo conductor de todos los días Y dentro todos los asientos ocupados por idénticas personas a las de ayer y antes de ayer. Quedan siete paradas hasta mi destino.

Primera parada, se bajan el matrimonio mayor y la chica rubia que ayer dejó que me sentara. Segunda, el joven con los cascos puestos. Le conocemos todos como el chico de la música alta. En la tercera parada no bajará nadie, como siempre y me adelanto con el pensamiento a lo que pasará en la cuarta. Pero un momento, el autobús se ha detenido en la tercera parada. No puede ser, se habrá equivocado.

Miro intrigada, desde luego alguien va a bajar porque las puertas se están abriendo.

Y veo descender a alguien que se parece mucho a mí. La curiosidad me invade y algo que me hace perder el control sobre mi cuerpo, me empuja a levantarme del asiento y correr tras ella. Bajo del autobús accidentadamen-

te por la urgencia y la sigo. Ella camina rápido, decidida, como si huyera de algo y yo voy detrás, corriendo, arrastrando ya los pies casi sin fuerzas. Creo que caminamos hacia el parque que hay al cruzar la carretera. Sí. Nos adentramos en él y es como si se abriera ante nosotras un mundo ajeno al de colores grises, atronador y aséptico que hemos dejado a nuestra espaldas. Este está lleno de luz, árboles, plantas, el sonido de los pájaros lo envuelve todo. Siempre me ha gustado el sonido de los pájaros, y los parques, desde que era niña. Ya ni me acordaba. El tiempo, que hace un momento me atropellaba, aquí parece detenerse dándome un respiro.

Ella, sigue caminando. Por fin para, a mí me cuesta hasta respirar. Se sienta en un banco y el sol la da en la cara. Yo la contemplo. Está sonriendo y ella no parece cansada. Saca un libro y con gesto relajado comienza a leer. Sin prisa. Yo echo de menos la sensación de hacer algo sin prisa. Y me encantaba leer. Hace tanto tiempo que no lo hago, no sé si por falta de tiempo o sencillamente no hay motivo. Dejé de hacerlo y no sé cuándo sucedió. Ella ha cerrado el libro de golpe y me hecho volver de mis pensamientos de repente. No sé cuánto tiempo ha pasado. Lo guarda y parece buscar algo entre sus cosas. Por fin lo encuentra. Unos auriculares. Cuidadosamente se los coloca y se levanta del banco mientras contempla lo que la rodea. Y su mirada se cruza con la mía. Me quedo paralizada. No sé si esconderme, salir corriendo... Ante mi cara de angustia, ella sonríe ampliamente. Parece como si me reconociera. Su rostro transmite una plenitud que me resulta familiar. Yo también la sentí hace tiempo, pero no sé dónde la perdí.

La veo irse, con su sonrisa puesta y paso tranquilo, feliz. Yo salgo inmóvil, observándola. Lleva mi ropa, tiene mi cara y mi cuerpo, hace lo que tanto me gustaba hacer y ya ni recordaba... ¡Pero esa no soy yo! Lo sé porque...yo no soy feliz. ¡No puede ser yo! Tengo dudas. ¿Es ella más yo de lo yo creo ser? Porque hay más mío en ella de lo que veo en mí cada día. Estoy confusa. Pero sí, está claro.

Ahora que la observo detenidamente mientras se aleja la reconozco. Ella soy yo, la auténtica. Pero entonces, ¿quién soy yo?

Cuarto Premio

CEPA San Fernando de Henares

SOMNOLENCIA DESVELADA

Autora: Estefanía de la Caridad Martínez Caballero

Nuestras miradas quedaron clavadas. Sus ojos posesivos se posaron en mí. Me di cuenta, de cómo tan despacio, analizaba hasta el último de los detalles de mi rostro. Un nudo en mi estómago revolvaba constantemente.- ¿Qué quieres de mí?...- me preguntaba con su bajo tono de voz tan sensual, quería decirle tanto... negaba con la cabeza y soltaba aquella sonrisa enfermiza, que sería la que hoy me tendría aquí, atada a él. Pasando de ser su rehén a su cómplice, de su enemiga a quien le escucharía todas las noches, de odiarle a tener este sentimiento de miedo y amor a su vez.

Una pequeña parte de mí, avergonzada, quería escapar de allí en cuanto la oportunidad se me presentase, incluso si fuese él quien me la concediese. Pero la otra solo quería dormir en sus labios. ¿A quién pretendía engañar? Me había vencido en esta guerra de corazones.

Solo pensarle me consumía y llevaba al primer momento que le vi, a la primera noche de tantas en las que el insomnio era el mayor protagonista... Y qué bonito insomnio aquel. Mi respiración se cortaba por varios e interminables segundos cuando mi mano cogía y besaba suavemente, luego colocándola a un lado en su rostro. ¿El amor era realmente tan ciego? Me sentía una necia en todo momento... no podía evitarle ni aun intentándolo. A cada centímetro que su mirada tan intensa quedaba prendada de la mía, el jadeo de voz me delataba. Mi pulso subía hasta el punto en que me replanteaba si él podría notarlo. Me derretía de cuerpo a mente, ya no distinguía lo real de lo imaginario, la cabeza me daba repetidas vueltas.

No quería saber quiénes somos, solo quería hundirme en sus palabras. Ya no tenía más dudas, ya no me importaba el porqué... el porqué al mismo sueño todas las noches, o quizás pesadilla, porque ya entonces era consciente de que no era real. Solo quería seguir con la cabeza

apoyada en su hombro y ver el Sol nacer. El amanecer daba señal de que ya acababa mi irrevocable delirio.

Entonces... Entonces las imágenes se volvían borrosas, todo empezó a desvanecerse. Una luz cegadora me deslumbró. Una vez más, desalentada, comprobé que todo estaba en mi cabeza. La misma alucinación aparecía en las oscuras sombras todas las noches para apuñalarme. ¿Quién era él para aparecer y desaparecer cuantas veces le plazca? Las mismas visiones seguirían rondando por mi mente noche tras noche... abatida, decidí no darle más vueltas.

Pasó el tiempo, una mañana desperté desconcertada, algo distinta, despejada. Al salir como de costumbre, dejando paso atrás el camino a casa, una voz familiar interrumpió mi paseo para preguntarme por una calle, a la que casualmente, yo también me dirigía. ¿Acaso habían sido avisos? ¿Destino? ¿Precognición? No me importaba, por cualquier razón ahí estaba, parado frente a mí, en carne y hueso, con sus hermosas facciones que ya tenía más que estudiadas, sus curiosos gestos y esas comisuras de sus labios que invitaban a perderse dentro de ellas... Me preguntaba si yo también sería la razón de sus ojeras.



Cuarto Premio

CEPA San Martín de Valdeiglesias

HISTORIA DE UN HECHO REAL, JUDITH *Autora: Carmen Antonia Sabido Núñez*



HISTORIA DE UN HECHO REAL. JUDITH

Corría el año 2004 cuando mi hijo mayor me comunicó que iba a ser papá, no cabía en mí de la alegría, pues iba a ser abuela. Viví los nueve meses de embarazo de su madre como si de mí se tratase, fueron los meses más largos de mi vida y eso que ya había sido madre dos veces.

Pero decían que con la llegada de los nietos se vive la segunda juventud, y así me ocurrió a mí, y más cuando le hicieron la ecografía y le dijeron que era una niña, fue la ilusión de mi vida pues yo tengo dos hijos, por lo cual... ¡Era mi niña!

Sonó el teléfono el día 3 de agosto del año 2005, al otro lado mi hijo me comunicaba que se iban al hospital, pues estaban de parto. Cogimos el coche y nos plantamos en el hospital en diez minutos. Estuvimos allí metidos dos días y mi nieta no llegaba, los nervios se apoderaban de mí, no veía el momento de ver a mi "PRINCESA".

Por fin llegó el día 5 de agosto y llegó al mundo mi niña "Judhit", fue una emoción que me recorrió todo el cuerpo, no veía el momento de abrazar a mi hijo por haberme dado a mi niña.

Cuando ya salió de la sala de partos nos fundimos en un abrazo que todavía lo siento, pues había sido papá, y más de una niña, que es lo que él quería. Pasamos a verla y era un angelito chiquitín y guapa como un sol (no porque de mi nieta se tratase).

Pasamos todo el día allí en el hospital, pues yo no me quería ir de la habitación, era una sensación tan grande el verla en la cuna que no se puede explicar, la que sea abuela lo entenderá, y llegó el momento de irnos a descansar.

A las dos horas suena el teléfono. Era mi hijo. A mí me entró una cosa por el cuerpo que no puedo describir, ¿por qué me llamaba mi hijo si hacía dos horas que salí de allí?

Cuando descolgué el teléfono, al otro lado mi hijo, llorando, me comunicó que mi "princesa" había nacido con una enfermedad rara (Displasia Setoóptica), para que todos lo entendáis, "ciega", aquella noticia me dejó perpleja. Me fui corriendo al hospital para estar con mi hijo, pues él me necesitaba.

Cuando llegué mi hijo me abrazó y no podía separarse de mí, me decía: "Mamá, no puede ser verdad, nuestra princesa no nos va a conocer nunca". Yo no sé de dónde saqué las fuerzas y le dije a mi hijo: "Hay que luchar por ella, es nuestra princesa y va a ser una niña normal".

Eso sí que fue una noticia inesperada.

Hoy mi princesa tiene 13 años, es una niña con su enfermedad pero ella es feliz, su padre se desvive por ella. Su tío, sus primos y nosotros, sus abuelos, la tenemos como lo que es, una PRINCESA con mayúsculas.

Cuarto Premio

CEPA San Sebastián de los Reyes

LA VIDA SIGUE. KATTY T.

Autora: Carmen Calvo



Emilia carga con ochenta y dos años a sus espaldas. El día que su nuera le comentó que había un centro cerca de casa donde podía ir para relacionarse con gente de su edad y aprender a leer y escribir, pensó que nunca es tarde y que siempre había querido ir a la escuela.

De “chica”, cuidó de sus hermanos y no pudo estudiar. Con seis años, salía de su casa todavía de noche y se encaminaba por el sendero que pasaba por detrás de la casa llevando en un hatillo la comida para su padre, que llevaba horas trabajando las tierras. No tenía miedo, solo alguna vez echaba a correr cuando escuchaba el sonido chirriante y estridente de alguna lechuza.

Después de un largo noviazgo, Emilia se casó con “su Afrosio”, al que todos llamaban Frodo “el negro”, y no porque viniera de África, sino porque su familia eran los carboneros del pueblo. Tenían una tienda con un letrero grande que decía “CARBONES”. Dentro había un montón de carbón apilado contra una pared, cestos de mimbre, sacos, una romana y polvo negro por todas partes. Tanto Frodo como su familia tenían siempre la cara tiznada, de ahí su mote.

Se fueron a vivir a la capital donde su hermano había buscado trabajo de camarero a Frodo. Emilia atendía la casa y se sacaba unas pesetas yendo a limpiar a casa de unos señores que tenían más aires de grandeza que dinero.

Con el tiempo Afrosio encontró trabajo en una fábrica textil y se pudieron meter en un pisito de la calle Claveles. Pronto vinieron los hijos y los años pasaron tan rápido como el talgo. El primer día que tenía que asistir a la escuela de adultos, Emilia estaba nerviosa. Le dijeron que tenía que estar allí a las cuatro, y a la una y media ya había comido y se estaba acicalando.

No pesaba más de cuarenta kilos y cuando andaba daba la sensación de que en realidad era el bastón, y no sus piernas, el que se ocupaba de sujetarla. Su pelo era lacio, de un color gris manchado de blanco, y lo recogía con horquillas en un moño a la altura de la nuca. Se dio su “Nivea” en la cara y se miró en el espejo, —No estoy tan vieja— pensó. Se dirigió a su habitación y metió en su bolso de piel el cuaderno y el lapicero que le regaló su nieto la noche anterior. Miró su reloj. Era pronto y esperó viendo la tele a que fueran las tres para salir hacia su nueva aventura.

No tardó en llegar al centro de adultos. Había varias puertas y ninguna persona a quien preguntar. Decidió sentarse en un banco que había justo a su derecha.

Por la puerta principal entró un hombre mayor, alto y un poco encorvado, que en su juventud debió ser buen mozo. Con gafas, poco pelo, aunque conservando el color; cara redonda y

gesto serio. Llevaba una cartera en bandolera sobre el pecho. Dirigiéndose a Emilia le preguntó: —Perdone usted mi audacia en este aspecto, ¿sabe usted si es este el susodicho lugar donde enseñan la cultura? —. Emilia se quedó anonadada, no sabía que quería decir el caballero y le contestó que ella esperaba a que abriesen para entrar. El hombre se sentó a su lado y se presentó: —Adolfo, para servir a Dios y a usted—. Y siguió hablando: —En las circunstancias en que vivimos debemos acoplar el intelecto con las variables que nos surgen en el día a día, ¿no cree usted? —. Emilia se sentía a gusto con este hombre que hablaba raro y le contó que ella lo que quería era aprender a leer los prospectos de las medicinas, —nunca se sabe lo que toma uno—.

No había pasado media hora cuando empezó a llegar gente; aquello parecía un gallinero. Las señoras hablaban a voz en grito de lo mucho que andaban por las mañanas y lo sano que era. Una mujer de mediana edad alzó la voz para decir:

—Según vaya nombrando, van pasando a la clase que está abierta—.

Nombraron a Emilia y a continuación a Adolfo, que la ayudó a levantarse y entrar en el aula. Se sentaron juntos en la primera fila y ese día tuvieron que presentarse al resto de sus compañeros y decir por qué estaban allí. La mejor presentación fue la de Adolfo: —Me llamo Adolfo, para servirles, y me he dirigido al sitio en cuestión pensando en el futurable de la curiosidad de las cosas—, dijo muy serio.

Los días fueron pasando mientras Emilia empezó a reconocer las letras y dibujarlas en su cuaderno, Adolfo, sabía escribir un poco, conocía casi todas las palabras que la profesora escribía en la pizarra y ayudaba a Emilia. En el descanso salían juntos y se iban a su banco a comer galletas.

Emilia le contó que “su Afrosio” hacía quince años que murió y Adolfo dijo que él, aunque no le faltaron las mozas, nunca se casó. Cada día a las tres, esperaban juntos en el banco a que llegase la hora de entrar a clase.

Verse cada tarde, compartir sus vivencias pasadas, apoyarse en sus problemas del día, contarse los achaques de salud y comentar lo mal que está el gobierno, se convirtió para ellos en la razón más importante para empezar cada día.

Cuando llegaron las fiestas de Navidad, participaron en el coro que interpretó un villancico delante de todos los alumnos del centro y Adolfo aprovechó para dar la mano a Emilia, que primero se asustó, y después, apretó con fuerza.

Cuarto Premio

CEPA Sierra de Guadarrama

LOS CICLOS

Autora: Esperanza López Domínguez

He removido cielo y tierra para estar a tu lado y, cabezota que soy, lo he logrado.

Hoy es el primer día de un nuevo ciclo en mi vida.

Paso de puntillas sobre mi infancia y juventud interna en un colegio. Recuerdo como una pesadilla cómo me casé con ese ser al que mis compañeras de trabajo apodaron el Acelga, por su empecinamiento en cenar cada noche acelgas hervidas con una patata, pescado sin sal, y su incuestionable arroz con leche, ¡alimentos que me he jurado no volver a comer nunca más! Durante diecisésis años, fue más que un sacrificio. No había fiestas, ni celebraciones, solo y siempre su insípida cena. Era más raro que una parada de monstruos. Debo decir, a fuer de ser sincera, que vicios no tenía (virtudes tampoco), su ardor sexual era nulo, y estaba siempre tan helado, que su mejor compañía en la cama (individual, por supuesto) eran tres bolsas de agua caliente, estratégicamente colocadas, y su postura con las manos sobre el pecho recordaba al conde Drácula, o a san Tarsicio, virgen y mártir, como acabé apodándole yo. Se definía como liberal, y poco o nada le importábamos los demás, solo sus entrenamientos, sus cuidados, el fútbol y sus repeleentes e insípidas cenas. - Eres libre-, me decía, cuando me quejaba, -puedes irte si quieres, no soy quien para retenerte-.

Pero no hay mal que cien años dure ni cuerpo que lo aguante, y, un buen día, elegí ejercer mi libertad. Solo me pidió, cuando se lo comuniqué, que, si me buscaba un amante, fuera discreta, y, si me marchaba como le dije, que le dejara hecha la cena... ¡Qué gran venganza fue la mía! Coci sus acelgas con cayena, y trufé su arroz con leche con tanta sal que casi revienta.

Los hados me premiaron con un fogoso e incansable amante, que sabía disfrutar de la buena mesa, que adoraba hacerme el amor y con el que reía y compartía aficiones. Viajamos mucho y fuimos felices, por lo que los años siguientes marcaron un nuevo ciclo en mi vida, que me hizo olvidar al Acelga y sus manías. Cuando, en una tarde de sexo salvaje, mi amante casi muere en mis brazos, juré que, en cuanto se repusiera, se acabaría nuestra relación, y, con ello, un nuevo ciclo de mi loca vida. Jugué fuerte y debo asumir que puse empeño en acabar mi etapa de fogosa amante, por su propio bien y para acallar mis remordimientos.

Comencé esta vez un ciclo de sosiego, de añoranzas y deseos que el tiempo se encargó de acallar, y me convertí en "una sensata abuelita que no debe hacer locuras". Retomé el contacto con mis olvidadas amigas, y, cuando estas preguntaban si no añoraba a mi amante, yo, mentirosa, contestaba que me había afiliado al "Club de Apáticas Sexuales", por lo que



*Recoge el premio
Marta Serrano Moreno*

mis ardores estaban ya olvidados, a fuerza de rezar padrenuevos para vencer mis deseos, aunque las noches fueran de sueños inconfesables, y despertares jadeantes y sudorosos. ¿He dicho ciclo de sosiego?, bueno, pues no. Retomé mis viajes y, cuando madre solícita llamaba a mis hijos para despedirme, ya ni se sorprendían, solo me decían: no seas tú la causante de alguna catástrofe. (Qué poca cordura debía demostrar). Y entonces te vi, y supe al mirarte que quería borrar esa mirada triste de tus ojos!

Mucho se dice de las mujeres maltratadas, pero, ¿qué hay de los hombres sojuzgados y humillados.? Durante 50 años fuiste uno de ellos. Un día tomamos un café y charlamos. A ti te asombra mi alegría de vivir, y a mí tu tristeza. Querías saber de todo lo que no habías vivido, y, cada noche, nuestras charlas telefónicas duraban más. Años siendo esos amigos tan íntimos que todo se lo cuentan, que se ponen metas uno al otro para hacer la vida menos monótona, años de risas, debates, dudas, y mucha, muchísima ternura. Te deseé muchas veces, y me conformé con tu beso en la frente al saludarme. Una vez ante mi queja del "frío" beso, recitaste el poema que dice: "Recordarás alguna vez aquel amante extraño, que te besó en la frente para no hacerte daño". Y, entonces, me confesaste tu afición a plasmar tus sueños en versos que me recitabas en nuestras charlas nocturnas. Un día te sorprendiste porque reías como un chiquillo, cuando siempre habías constreñido tus expresiones, siempre comedido, y yo he logrado que seas espontáneo, cantarín y osado. ¡Dios mío!, eres tan distinto de la primera vez que te vi. Y eso no es mérito mío, sino de ambos.

Cuando decidiste liberarte del yugo de tu "fiera", vender la casa que por la edad se te hacía enorme, y comenzar otra vida en una lujosa residencia donde te sentirías cuidado, pensé que había llegado el momento de hacer lo mismo y conseguir estar junto a ti. Me sabes cabezota y no he parado hasta lograrlo.

-Perderás libertad-, me dijeron mis hijos, -renunciarás a tu cómodo apartamento, a tus plantas, a tus salidas-. Yo sonreía y decía: Lo sé, creo que es el momento ideal para hacerlo, dado que ya no soy tan válida y dispuesta como siempre he sido. Y al fin estoy aquí, contigo. Tus ojos brillan y sientes que por fin tienes la compañera que deseaste siempre...Hemos pasado la edad del deseo, estamos en la etapa de la ternura. Y me miras sonriendo y me preguntas: ¿qué es lo que siento por ti?.

¡Tonturrio mío!, creo que no te has dado cuenta que por ti hago el mayor de los sacrificios, y estoy dispuesta a pesar de mi promesa a cenar lo que has pedido: acelgas, pescado y arroz con leche. Es mi sino, y el fin de mis ciclos.

Cuarto Premio

CEPA Sierra Norte

EL ÚLTIMO KUKUL

Autora: Prudencia González López



“Yo, Rababal, traigo el remedio. Toma de este guacal de festines lo que necesites para que alivies tu dolor. ¡Has mascado tanta mentira!..” Leyendas de Guatemala de Miguel A. Asturias

Huvaravix

Vivimos en la ladera del volcán. Somos parte de la tierra y aquí cultivamos nuestros cafetales y la caña de azúcar. Así ha sido siempre. Nuestra comunidad de agricultores es respetuosa en la manera de labrar la tierra, trabaja unida, y la tierra nos da lo que necesitamos para sacar adelante la vida de nuestros hijos.

Soy Huvaravix, y me llaman Maestro de los Cantos de Vigilia, porque canto y cuento los acontecimientos importantes de mi pueblo. Hoy celebramos la gran fiesta de la cosecha.

En el medio del poblado, están nuestros colores como gran mantel: el amarillo del maíz, el verde de la selva, el rojo de la sangre. y el negro de Xibalbá donde el misterio de la muerte nos recuerda que estamos de paso sobre la tierra...Los platos de comida sabrosa están expuestos y la música de marimba alegra nuestros corazones y nos lanza al baile de la vida. Nuestros hijos aprenden las danzas y disfrutan de este día de felicidad y abundancia sencillas. Esta celebración nos une y nos hace más fuertes. Somos comunidad.

Sabemos que el Volcán Fuego ruge, y que a veces expulsa humazales que nos atemorizan el alma. Pero lo olvidamos para seguir viviendo, y contemplamos, agradecidos, cómo crecen nuestros frutos. Porque si viviéramos en el miedo, quizás ya nos hubiéramos sumado a esas tristes caravanas que a nuestros hermanos los arrancan de su suelo para hacerlos nómadas de la tristeza y la desesperación, buscando al norte un futuro que quisieran mejor, pero que en la realidad, sólo les depara un muro de desprecio y de indignidad impropia de seres humanos.

Ahora, mi esposa Yai y yo, visitaremos a los mayores de la comunidad para saludarles, presentarles nuestros respetos y para escuchar de sus bocas las historias antiguas de nuestro pueblo Maya. Ellos habitan en lo más alto de la ladera y hasta allí ascenderemos para celebrar con ellos.

.-Colibrí, hija mía, cuida de tus hermanos pequeños, mientras tu madre y yo vamos a ver a los ancianos.

.-Descuida padre, así lo haré.

No puedo evitar observar a mis hermosos hijos con orgullo. Colibrí y Mirna con sus huipiles bordados de flores y

pájaros y su cabellera negra... Y Tecún y Humán, los hombrecitos que me ayudarán en los campos. Sus 13, 9 ,7 y 4 años de vida danzan iluminados por la alegría.

Lo inesperado ocurre mientras la marimba sigue sonando y los niños danzan .Un estruendo repentino los ataranta. El Volcán Fuego escupe humo, piedras, lava, ríos y ríos de lava, piedras desbocadas que ruedan hacia abajo, hacia abajo.... Los niños se toman de la mano y corren, corren como animalitos asustados, como serpiente huidiza que sorteara el humo y le faltara alas para volar y alejarse del infierno repentino. Todo se hace caos, oscuro e irrespirable. Colibrí está tendida sobre una cama de hospital improvisado, con la cabeza vendada y el cuerpo magullado...delira y grita con desesperación:

.- ¿Dónde están mis padres y mis hermanitos? ¿Dónde?...no pude cuidarlos. El volcán me derribó. ¡Padre, madre, perdonadme!

Acude una enfermera y le acaricia las manos mientras le susurra con dulzura:

.-Ahora debes descansar pequeña. El volcán lleva tres días enfurecido...cuando las cenizas se enfrién los buscarán...Pero la niña se agita y sigue delirando.

.-Padre, madre no os veo...Somos pequeños, no nos dejéis indefensos en este infierno...Veo al Kukul de padre sobrevolando las cenizas del volcán, lo busca , lo protege, sigue con vida...¡hay esperanza! El Kukul, tu nahua , esa ave, la más bella y maravillosa, que al buscarte se precipita hacia las cenizas abrasantes...y allí se desintegra. Solo oigo sollozos.

La enfermera apapacha entre sus brazos a esa criatura sufriente y le canta una canción dulce en su lengua de otro tiempo .Colibrí vuelve al silencio.

El Cuco de los Sueños, Hilador de cuentos.

Febrero de 2019

Apapachar: Abrazar, acariciar con el alma.

Guacal: recipiente hecho de la mitad de una calabaza.

Kukul: El ave más hermosa, símbolo de Guatemala que sólo puede vivir en libertad.

Náhuatl: espíritu protector de los indios, encarnado en un animal.

Cuarto Premio

CEPA Tetuán

GIRO COMPLETO

Autor: Miguel Angel Heras Martín



Lo inesperado es precisamente lo que me ha pasado y no esperaba que fuese a pasar.

Mi paso por el colegio fue difuso, a pesar de mis altas capacidades en cuanto al estudio, la imposición de tener que realizar dichos estudios despertó en mí el rechazo hacia los mismos. Por lo que me dediqué más a reflexionar sobre mis valores, principios, buscando y encontrando así el revolucionario que llevo dentro.

Tras varios años revolucionando el centro educativo en busca de mi satisfacción personal, fui invitado a abandonar el centro sin posibilidad de redención. Gracias a que mi familiar disponía de gran poder adquisitivo, me dediqué por completo a invertir el tiempo en mi propio ocio y disfrute personal, entrando en el mundo de los excesos, sexo y rock and roll. Descubrí con el paso de los años, mientras seguía disfrutando de este mundo ocioso, que disminuían mis ganas de socialización y simultáneamente se acrecentaban mi odio hacia las personas que me rodeaban, mi falta de amor hacia las mujeres y el cariño e incluso no le daba importancia al valor de tener una familia. Mis amigos eran escasos, me volví muy selectivo a la hora de relacionarme y me sobraba prácticamente todo el mundo.

Todos estos años de adolescencia los pasé de ésta manera, siendo feliz en mi aislamiento social y danto por hecho que el resto del mundo (parejas, familiares, amigos...) no me prestaban atención, no me daba importancia ni valor como persona, lo cual me hizo desarrollar un sentimiento mutuo.

Durante muchos años mi vida no varió en absoluto, hasta el fallecimiento de mi madre en 1999, momento en el que mi vida dio un giro de 360 grados. Comencé a reflexionar sobre la educación que me dio mi familia, el cariño que me dieron mis parejas y la confianza que me ofrecieron tantos amigos, rechacé y no supe valorar. Mi punto de vista cambió y empaticé con los sentimientos de estas personas, dándome cuenta que merecía la pena aprovechar lo que me brindaban sin dejar a un lado mi filosofía y personalidad introvertida.

Ese fue el comienzo de una nueva forma de vivir mi vida y darle importancia a las personas y sentimientos

que tantos años reprimí.

Encontré un empleo diferente a lo que acostumbraba a realizar, me sentí ayudado por mis compañeros de trabajo y permití que lo hicieran. Esto dio lugar a aplicarlo dentro de mis relaciones sentimentales cuando conocí a una pareja y empecé a experimentar la sensación recíproca de ser querido y capaz de querer a alguien. Al ver que estos sentimientos me aportaban más satisfacción personal sin dejar de lado mi esencia, cambié de red social, entablando relaciones de amistad con personas nuevas y no afines a mis gustos, aunque eso no impedía que tanto ellos como yo, creásemos un vínculo especial.

Al encontrarme a gusto en este nuevo mundo de relaciones y sensaciones agradables, las cuales me hacía sentir feliz y pleno, decidí llevar a cabo el resto de mis propósitos vitales de esta manera que es la que más me llena. Aprendí a compatibilizar mis ideologías con una vida más activa socialmente y a decidir mis metas, desafíos y batallas, para sentirme válido, realizado y motivado para mantenerme en esta línea.

Pasando por varios trabajos y relaciones de pareja, di un salto hacia lo inesperado; Empecé a sentir algo extraño en mí, algo desconocido, algo lejano, que invadió mi corazón y alma. Ya que las personas, que yo tanto odiaba... vi de muy cerca y muy dentro que era apreciado, querido y apoyado, en muchos contextos que antes nunca me había percatado.

Concluyo diciendo que al día de hoy me siento completo, alegre ilusionado y aceptado por la sociedad que tanto rechace en su momento.

A día de hoy, tanto me está aportando y tan feliz me está haciendo sentir, que he retomado mis estudios, por lo que os quiero dar mil gracias... A todas las personas que cada día me brindáis una sonrisa, que miréis dentro y veáis la persona tan humana que soy como cualquiera de vosotras/os.

Agradecido y afortunado de compartir este espacio con todas/os.

Cuarto Premio

CEPA Torres de la Alameda

LA VIEJA CHAQUETA

Autora: Matilde Ansino Pérez

Julián y Amelia vivían en un pueblo muy tranquilo. Todos los sábados Julián bajaba al pueblo a echar la partida, mientras lo que a Amelia le gustaba era leer. Cuando Amelia se disponía a abrir su novela favorita, unas voces la hicieron mirar por la ventana: era su marido. Venía corriendo por la calle. Cuando llegó, apenas se le entendía, solo sabía preguntar por su chaqueta de los domingos. Amelia le preguntaba qué chaqueta y él seguía insistiendo: "la de los domingos". –¡Hace mucho tiempo que en esta casa no existen los domingos! Se nos ha olvidado lo que es salir juntos a dar una vuelta –contestó Amelia. Él seguía preguntando cada vez más nervioso. Amelia le explicó que hacía tiempo que se la dio a un gitano que vino a por chatarra y aprovechó para hacer algo de limpieza. Al escuchar eso, Julián se desplomó en la silla con las manos tapándose la cara, a la vez que decía toda clase de impropios.

Amelia, al verlo tan abatido, exclamó: –Pero ¡por qué te pones así por una chaqueta vieja! –La chaqueta llevaba en el bolsillo un décimo de lotería premiado –contestó Julián. Amelia no sabía que decir, pero todo hubiera sido inútil, él no la escuchaba. Solo se quejaba de su mala suerte. Amelia llegó a casa tan cansada como desmoralizada, pero eso no la impidió salir de nuevo otra mañana. No hizo más que girar la calle cuando alguien la llamó por su nombre: era una vieja amiga que hacía muchos años que no se veían. Se lamentaron las dos amigas de no verse más a menudo, a lo que Amelia contestó que la granja la ocupaba todo el tiempo. Antes de despedirse Amelia preguntó si sabía de algún chatarrero, le dijo que el único que conocía vivía a las afueras del pueblo.

Amelia giró dos veces el camino como le habían indicado y pronto se encontró con dos grandes montañas de chatarra. La casa se hallaba en una pequeña colina. Siguió caminando unos metros más, pero dos enormes perros mastines le cortaron el paso. Amelia se quedó parada y aterrada de miedo. Alguien los llamó y los perros obedecieron. Caminó hacia la casa, en la puerta una mujer la estaba esperando. Pronto dejó saber que ella era la dueña de la casa. Amelia le preguntó si su marido se dedicaba a la chatarra. La mujer lo negó y dijo que ellos se dedicaban a la venta ambulante, pero que si le valía de algo, la casa se la compraron a un señor que se dedicaba a la chatarra.

De vuelta a casa se dijo que era una locura seguir buscando, era como buscar una aguja en un pajar. Las cosas en casa

iban de mal en peor. Julián se levantaba cuando le parecía. Dejó de trabajar, le dio por la bebida, hablaba solo y tenía un humor de perros. Todo lo que pasaba era culpa de ella. Viendo que la finca estaba desatendida y ella no podía hacer ciertos trabajos, Amelia decidió contratar a un hombre, que le ayudara en las faenas del campo. Como había mucho trabajo por hacer, le dejaron una pequeña casa cerca de la granja.

Era un hombre muy trabajador. Él se hacía todo, menos coser, por eso un día le pidió a Amelia que si le podía coser el forro de un bolsillo de una chaqueta, que desde que se la compró en un mercadillo estaba roto. Amelia se ofreció gustosamente. Cuando tuvo la chaqueta en sus manos no lo podía creer: era la chaqueta de su marido. Lo primero que hizo fue buscar por todos los bolsillos, pero no había nada. Pensó que era ingenuo pensar que el décimo podía estar allí. Se dispuso a coser el bolsillo, pero a la tercera puntada la aguja se resistía a pasar. Amelia cogió las tijeras y empezó a descoser el bolsillo ¡sí, allí estaba! Ante sus ojos, salió corriendo en busca de su marido y le contó lo sucedido. Al principio no se lo creía pero evidentemente el décimo era real.

Al día siguiente por la mañana, Julián se dirigió a la ciudad en busca de una administración de lotería. Había pasado tanto tiempo que sería imposible cobrar el décimo, pero él seguía teniendo esperanza. Cuando le explicó al lotero su historia este le dijo que él no podía hacer nada, pero que lo consultaría con la administración de loterías, que se pasara dentro de unos días.

Al cuarto día se presentó en la administración de loterías. Las piernas le temblaban. Había puesto tantas esperanzas... Al verle, el hombre se colocó las gafas, le miró y sacó del cajón el décimo. –Jamás ha estado premiado este décimo –dijo el lotero.

No reaccionó hasta que el aire fresco le dio en la cara. Cruzó el parque de camino a casa, tiró el décimo en una papelera. Con aquel gesto se fueron todas sus ilusiones. Ya no se podría jubilar, ni comprarse el coche que siempre había soñado. Entonces, una voz sonó a su lado: –Deja de pensar en la gallina de los huevos de oro y ponte a currar. Amelia, sin quejarse, es la que ha llevado toda la carga.

Miró a un lado y a otro esperando ver a la persona que le conocía tan bien, pero no había nadie, estaba completamente solo.



Cuarto Premio

CEPA Villaverde

EL RECUERDO DE SOFÍA

Autora: Ascensión Roldán Rodríguez



Sofía está sentada frente al estanque, donde chapotean dos patos, ajenos a todo.

Con los primeros rayos de sol que trae la primavera su cara se calienta y su cuerpo se templá. Le gusta salir a tomar el sol antes de comer.

Siempre se sienta en el mismo sitio, orientada al sur, rodeada de una rosaleda salpicada de capullos cerrados que pronto se abrirán y se convertirán en bellas rosas de fragantes aromas, recibiendo los cálidos rayos directamente en la cara.

Cierra los ojos y su mente la transporta a un tiempo pasado, como en una ensueñación.

...
En sus auriculares suena "Girls Like You" de Maroon 5. Sofía tararea la canción sentada en la parada de la línea 10, donde hace trasbordo con la línea 7, que la lleva al trabajo cada día. No tiene demasiadas ganas. Mañana es San Sebastián,

patrón de la ciudad, y hace días que por las calles se respira ambiente de fiesta.

El tráfico es intenso a esa hora, los coches no dejan de pasar por la Avenida, incluso se oye de fondo como se acerca una ambulancia.

Siente los dedos fríos dentro de los guantes, enfundada en su abrigo y con la bufanda rodeando su cuello, apenas quedan sus ojos al descubierto. Los cierra fuertemente e inhala. ¡¡¡Snif!!!

Una amalgama de olores llena sus fosas nasales: manzanas de caramelos, almendras garapiñadas, algodón de azúcar, palomitas dulces y el puesto de buñuelos que desprende ese característico olor a fritanga. Queda en su nariz y en su garganta el sabor empalagoso de la mezcla.

Mientras contesta un mensaje de Claudia, nota una sombra pararse cerca de ella.

Por el rabillo del ojo no acaba de distinguir quién es.

Escucha un murmullo, alguien le habla.

- ¿Quieres tomar una Coca-Cola conmigo algún día?

- ¿Cómo?

Pregunta quitándose un auricular, para entender lo que esa persona le dice.

Levanta la vista y lo ve, erguido junto a ella, un chico alto, rubio, barba de varios días, con el pelo revuelto y unos ojos claros en los que se pierde por un instante.

Entonces él vuelve a preguntar.

- ¿Quieres tomar una Coca-Cola conmigo algún día?
Ella, aún perdida en sus ojos, le contesta.

- Mmm... Vale.

Anota su número de teléfono en el móvil; tal vez nunca se hablen, tal vez no lleguen a quedar. Pero lo anota, por si acaso.

Por la noche, recuerda el encuentro y siente curiosidad. Le escribe, quiere saber de él. Le intriga el motivo por el que la eligió en aquel banco. Hablan largo rato, se les ha hecho de día contándose sus vidas. Y deciden quedar y conocerse.

Darse una oportunidad para ser felices.

Conoce entonces a Luis, el hombre que la ha hecho feliz los últimos cincuenta años.

Una vida plena de amor, risas, complicidad, experiencias vividas, momentos inolvidables

...
Aún en su ensueñación, con los ojos cerrados, escucha una voz suave, un susurro que la devuelve al presente.

- Sofía, Sofía.

Oye un nombre, pero no sabe que la llaman a ella.
- Sofía.

Vuelve a escuchar, mientras abre los ojos y sus pupilas se llenan de luz. Busca con desconcierto la voz. Es Elena, la auxiliar que la atiende en el centro donde vive.

La mira, pero no la reconoce. Hace tiempo que no reconoce a nadie; el alzheimer se ha apoderado de su mente.

- Sofía, han venido a verte.

Tras la muchacha aparece un joven.

- Abuela, abuela, soy Eduardo, tu nieto. ¿Te acuerdas de mí? El chico es alto, rubio, con el pelo revuelto y los ojos claros. Mueve los ojos hacia él, enfoca su vista para verlo mejor, y por un momento aparece un brillo en los ojos de Sofía. Lo sigue mirando fijamente, mientras el muchacho le repite.

- Soy Eduardo, abuela.

Ella le sonríe y le dice, mientras una lágrima brota de sus ojos.

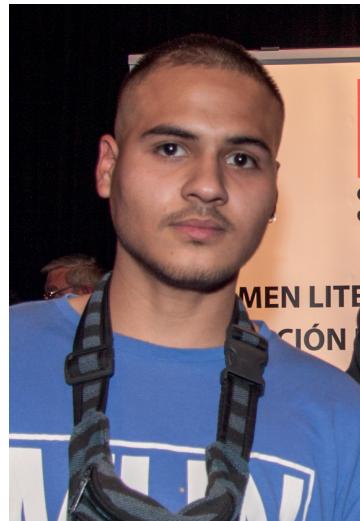
- Luis, mi amor... ¿Has visto el estanque, lo bonito que es?

Cuarto Premio

CEPA Vista Alegre

REDENCIÓN

Autor: Julio César Lozano López



24 de abril de 2015, noreste de Bari, Somalia. 06:23 p.m. Suena el teléfono móvil de Jelani, un joven de dieciséis años que no puede contestar porque arrastra como puede el cadáver mutilado de un agente de la CBI. Mientras, Dhimasho, su compañero en armas dentro de la organización yihadista Al-Shabbaab, aún con las manos empapadas de muerte, se asoma desde el interior de la paupérrima casa en donde aquel ex-agente policial había perdido la vida. Le grita que se de prisa porque parten enseguida al cuartel. Jelani consigue desplazar el cadáver desde el piso franco en el que se encontraba junto a sus líderes, hasta la parte del patio trasero, donde yace una fosa común. Al lado del profundo y maloliente pozo hay una zona destinada para el trabajo sucio; esta vez le toca a Jelani hacerse cargo de las manualidades. Ese mismo día, la madre de Jelani parte junto a sus otras dos hijas pequeñas rumbo a Marruecos. La monoparental familia tiene como destino la denominada Península Ibérica. La amable mujer está bordando una J y un corazón en la billetera que le regaló a su hijo como cumpleaños. La deja en la vacía habitación de su hijo ausente, cierra con delicadeza la puerta y se marcha rencorosa. Una hora más tarde, mientras la angustiada madre se despide de su tierra, viendo como el ocaso se accompasa con el desértico horizonte, se precipita a marcar el único número telefónico en su lista de contactos que se aprendió de memoria. Llama y llama, mas no recibe respuesta.

28 de julio de 2015, Cárcel de Yare, Venezuela. 07:38 a.m. Masacre, el cara cortada, es el más sanguinario criminal del que jamás se haya oído hablar en las calles y cárceles de Venezuela. Ordena a Gaspar que baje corriendo al patio y avise de que los del sector tres suben amotinados. Mientras a Masacre le baja un grueso sudor de las sienes, rebusca bajo su almohada la Pietro Beretta que le acompaña desde que ingresó en el centro penitenciario, saca la foto de su hija Miranda de su billetera y la besa con el mismo cariño con el que después se coloca la pistola a la altura de la cintura. Cuando desciende por las escaleras, pronuncia una plegaria a la Virgen de la Merced. Está listo para hacer honor a su sobrenombrado.

9 de Mayo de 2020, Barrio de Lavapiés, Madrid, España. 02:15 a.m. Soledad y Carla, de 23 y 25 años, son dos trabajadoras sociales que prestan sus servicios a refugiados e inmigrantes. Se toman dos birras en el bar de siempre de Lavapiés. Soledad tiene un aspecto descuidado, lleva un tatuaje anárquico en el hombro derecho que disimula con su oscura melena. Carla es más cuidadosa en lo que se refiere a su aspecto, se trata de una pálida chica rubia con los pómulos rosáceos. Debatén sobre la nueva política europea contra el

Islam, irregularidades en el Estado español, la crisis humanitaria que acontece a los países del sur y feminismo radical, entre otras cosas. A medida que la agitada conversación avanza, se percata de que la policía persigue a un chico subsahariano de unos 20 años que pasa corriendo a su lado. Soledad se pone inmediatamente de pie y con una mirada desafiante, se sitúa en medio de la calle impidiendo el paso de la patrulla. En cuanto se va, Soledad se sienta y se bebe el último trago de su cerveza. El frío trago aún baja por su garganta cuando repara en una billetera que yace tirada en la calle, por donde pasó el chico. Al acercarse, ve una letra J bordada en la parte superior, y al recogerla, encuentra únicamente una lista con números extranjeros dentro.

30 de julio de 2015, Caracas, Venezuela. 01:02 p.m. En el televisor de Doña Carmen se escucha a una reportera informando sobre las revueltas que llevan ya dos días en el penal de Yare. Escucha que 45 reclusos consiguieron escapar la noche anterior, mientras que otros 303 han perdido la vida. Entretanto, se dedica a servir la comida a su nieta de nueve años, cuando aparece una famélica figura en la puerta y la niña grita: “¡Papá!”. Días después Miranda y su padre están montando en un avión por primera vez en su vida con destino a Madrid.

4 de Octubre de 2023, Intercambiador Avenida de América, Madrid, 02:29 p.m. Miranda y su padre corren por alcanzar el tren que se dispone a partir. Consiguen entrar al último vagón cuando las puertas estaban justo por cerrarse. En el vagón de al lado viajan Carla y Soledad, que acompañan a una madre somalí junto a sus dos hijas a una entrevista de trabajo. Jelani que llegó a España en 2019, enviado por Al-Shabbaab con instrucciones de implementar el yihadismo en la región, viaja en el mismo vagón que Miranda y su padre. Va cargado de C4 hasta el culo y tiene como misión inmolarse ante los ojos de Alah. Sombrio y sudoroso observa con desconfianza la cicatriz en la cara de Masacre. Ambos homicidas se sostienen la mirada durante un par de segundos. El tren se pone en marcha y en el mismo instante en el que el lúgido joven procura cumplir con su desmedida tarea... alcanza a divisar a través de las ventanas de los vagones el envejecido rostro de su madre. Después de tanto tiempo... de tanta pena... el bendito rostro de su madre, Furashada, que en somalí significa redención.

Mesa Presidencial



Doña **Cristina Álvarez Sánchez**, Viceconsejera de Política Educativa y Ciencia de la Comunidad de Madrid, elogia la labor de los centros de adultos y felicita a los organizadores del certamen. Destaca que es la actividad intercepción más antigua de nuestra comunidad y en la que, en esta décimo tercera edición, han participado más de 750 alumnos de 37 centros.

Dña. **Yolanda Rodríguez Martínez**, Concejala Presidenta de los Distritos Municipales de Ciudad Lineal y Hortaleza, alaba nuestro trabajo en la educación a lo largo de la vida y el valor de la escritura y la lectura. Nos da la bienvenida al Centro Cultural Príncipe de Asturias y reitera la invitación a que continuemos haciendo uso del mismo en futuras ediciones.

Directores y Autoridades



Gonzalo Toraño Olivera

Jefe de la Unidad Técnica
de Educación de Adultos y
Atención a la Diversidad



Juan José Nieto Romero

Director General de Educación
Infantil, Primaria y Secundaria.

Cierre del Acto



Vive la Danza&Cía, actuación: Joyas de la Danza

XIII CERTAMEN

LITERARIO INTERCENTROS DE EDUCACIÓN DE PERSONAS ADULTAS.

